

Digitized by the Internet Archive  
in 2018 with funding from  
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios1618unse>



# STUDIOS

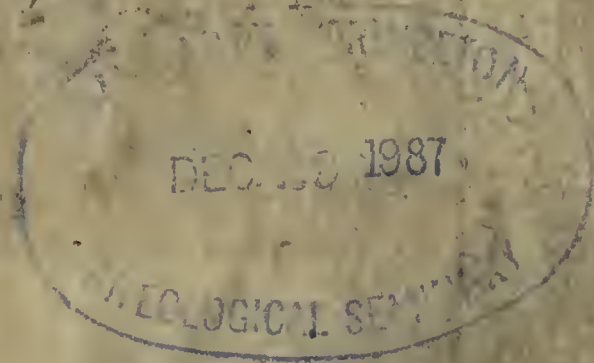
'DIÉCISEIS AÑOS' (EDITORIAL). — RICARDO  
KREBS: "UNIDAD Y DESINTEGRACION DE EU-  
ROPA". — PEDRO LAIN ENTRALGO: "IDEA  
DE AMERICA". — JAIME LERIN: "¿A DONDE  
VA EL CATOLICISMO NORTEAMERICANO?"

DEL OCIO Y LA ETERNIDAD: Manuel Gutiérrez Leza Plaza:  
"Dámaso Alonso revela a Francisco de Medrano".

LA AGUJA DEL TIEMPO: "Fin de un colegio protestante y de  
una obra demoledora". — "La tiranía religiosa en Yugo-  
eslavia".

180

[Nos. 172-179  
unavailable]



**E S T U D I O S**  
Mensuario de Cultura General

Director:  
**JAIME EYZAGUIRRE**  
Sub-Director:  
**JULIO PHILIPPI**  
Casilla 13370  
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS . . . . .	\$ 100.—
” ” ” ” EXTRANJERO . . . . .	Dólares 3.—
NUMERO SUELTO . . . . .	\$ 10.—
” ATRASADO . . . . .	12.—

---

AÑO XVI — N° 180

ENERO DE 1948

---

**HISPANO - AMERICA  
DEL DOLOR**

La última obra de

**JAIME EYZAGUIRRE**

publicada por el Instituto de Estudios Políticos de Madrid.

PRECIO: \$ 48

Venta exclusiva en la

**LIBRERIA ‘EL ARBOL’**

**MONEDA 1050 — SANTIAGO**



“DIECISEIS AÑOS” (Editorial), pág. 3. —  
“UNIDAD Y DESINTEGRACION DE EUROPA”,  
por Ricardo Krebs, pág. 4. — “IDEA DE AMERICA”,  
por Pedro Lain Entralgo, pág. 26. — “¿A DONDE VA  
EL CATOLICISMO NORTEAMERICANO?”, por  
Jaime Lerín, pág. 38.

**DEL OCIO Y LA ETERNIDAD:** “Dámaso Alonso revela a  
Francisco de Medrano”, por Manuel Gutiérrez Lez-Plaza,  
pág. 63.

**LA AGUJA DEL TIEMPO:** “Fin de un colegio protestante  
y de una obra demoledora”, pág. 66. — “La tiranía religiosa en  
Yugoeslavia”, pág. 68.

**CRISTAL DE LIBRERIA:** “Viejas imágenes”, por Jaime  
Eyzaguirre, pág. 71.

## HISTORIA — BIOGRAFIA — POLÍTICA

---

EL ABATE MOLINA. Januario Espinosa. El perfil de uno de los primeros sabios de Chile, descrito en forma agradable y certera. Un prólogo de riqueza histórica escrito por Francisco Encina, abre las páginas de este libro y reafirma su mérito. Colección Biografías. Empastada, \$ 100. Rústica, \$ 60.

BREVE HISTORIA DE AMERICA. Carlos Fereyra. El gran historiador mexicano nos muestra en su libro el proceso de formación de la cultura y organización de los estados americanos. No sólo representa su obra la ardua labor del historiador que revive los hechos de la historia americana desde los primeros comienzos de nuestra civilización, sino que, también, la semilla fructífera para la confraternización y comprensión mutua de todos los pueblos americanos de habla hispana. Colección Historia y Documentos. Empastada, \$ 150. En rústica, \$ 70.

AVENTURAS ESPAÑOLAS DE WASHINGTON IRVING. Claude G. Bowers. El gran hispanista hace de su libro un verdadero canto de amor y simpatía hacia ese país, encanto y genio de nuestra raza. Sus magistrales pinceladas llegan hasta nuestro subconsciente, dejando en él una agradable sensación de lozanía y sol infinitos. Colección Biografías. De lujo, \$ 100. En rústica, \$ 60.

LOS CIEN AÑOS. Phillip Guedalla. El autor nos muestra la estrecha relación existente entre la política victoriana con los acontecimientos de mayor trascendencia histórica ocurridos en el período de los últimos cien años: la Gran Guerra, la Revolución Rusa y la implantación del comunismo; el desenvolvimiento económico y la potencialidad norteamericana y su decisiva intervención en el conflicto bélico de 1914. Colección Historia y Documentos. \$ 40.

PANORAMA MEXICANO. Carleton Beals. La obra de Beals es una de aquéllas que se distingue especialmente por su honradez. En ella valora detalles y conjuntos interpretativos de la gran nación mexicana. La Asociación Americana del Libro la distinguió como a uno de los más notables de cuantos estudios se hayan escrito acerca de México. Colección Historia y Documentos. \$ 50.

**Despachamos contra reembolso para Chile, sin gastos de franqueo para el comprador. En todas las buenas librerías.**

**EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.**

Casilla 84-D Santiago de Chile



## Dieciséis años

**C**OMO si fuera ayer. Y, sin embargo, son ya dieciséis los años corridos desde el día en que apareció el primer número de esta revista. Dieciséis años repletos de experiencia humana, de lucha incesante en pro de ideales no siempre alcanzados, pero al menos fervorosamente defendidos.

¡Cuánto nos ha tocado presenciar en este lapso que ya es casi una vida! Guerras atroces, revoluciones doctrinarias que harán época, luchas sociales hondas y progresivas. Y lo que es más grave, cerca de nosotros: desconcierto en las ideas, debilidad en la fe, traición al destino irrenunciable.

Ya hemos visto bastante. ¿Nos quedará más que ver si Dios se digna prolongar la precaria existencia de estas páginas? Porque vivimos al día, sin amarrar la atención a frías contabilidades y dejando a la Providencia el cuidado de sostener lo que a ella dedicamos por entero. Que al fin no el beneficio sino el puro testimonio que alivia la conciencia es lo que nos mueve a esta obra paradógica, refugio de espíritus libres y aberración de prudentes, mercaderes y políticos. Testimonio a que nos obliga, no sólo la satisfacción del propio descargo, sino el deber de solidaridad para con esos hombres dispersos que como los raros justos de Sodoma flotan aún en este mundo de mentira, asidos a las oscuras raíces de la fe y creyendo todavía en la riqueza salvadora del amor. Esos pocos dan vida y razón a nuestro esfuerzo y llenan dulcemente y por sí solos nuestra voluntaria soledad.

## UNIDAD Y DESINTEGRACION DE EUROPA

Spengler ha señalado la analogía como el método más eficaz para penetrar en los secretos de la historia y comprender las peculiaridades de un momento histórico en el desarrollo de los pueblos y las civilizaciones. Contra el método de Spengler se han levantado justificadas críticas que, basándose en el principio de que en la historia nada se repite, niegan la posibilidad de obtener, por medio de la analogía comparativa, una mejor visión de los fenómenos históricos. A pesar de lo acertado de estas críticas, no se puede negar que existen entre determinadas etapas del acontecer histórico, sorprendentes analogías. Así, a nadie se ocultan los paralelos que existen entre el destino griego y el europeo.

Hubo una civilización helénica y existe una civilización occidental; o sea, todas las manifestaciones del genio helénico y del espíritu europeo constituyen una unidad, caracterizándose por una esencia común. Mas, a esta unidad y comunidad en lo cultural no correspondió, en Grecia, jamás una unidad política. Hubo, sí, en la Hélade instituciones panhelénicas, como los Juegos Olímpicos o el Oráculo de Delfos, a donde acudían los representantes de todos los pueblos griegos y que establecían lazos de unión entre todos ellos. Pero estas instituciones, nacidas de las costumbres y creencias religiosas, tuvieron sólo escasa importancia política, siendo incapaces para servir como núcleo en torno del cual se formase un Estado panhelénico. El actor en la vida política de Grecia fué siempre la Polis, la Ciudad-Estado. Escribir la historia de Grecia significa escribir la historia de los Estados griegos. Jamás, en todo el curso de su historia, ni siquiera en las horas decisivas de las Guerras Médicas, el pueblo helénico actuó como comunidad. Siempre prevalecieron los intereses particulares; y en el caso de que se unieran diversos Estados, estas uniones no fueron nunca más que meras alianzas circunstanciales, motivadas por razones políticas y militares. El particularismo hizo que cada Estado se desarrollase como una



individualidad propia, debiéndose a ello la enorme riqueza y variedad que distingue la civilización helénica. Mas, este particularismo fué también la causa de las continuas contiendas entre los Estados griegos, frustrando todo intento de unificación. A través de las interminables guerras, se agotaron las fuerzas de los pueblos helénicos; sus energías morales y biológicas se desgastaron y corrompieron, y finalmente sobrevino una general decadencia. Atenas, Esparta y Tebas se alternaron sucesivamente en la hegemonía; pero justamente por aspirar cada potencia al predominio propio y no a una unión panhelénica, la unidad no se hizo. Así, el particularismo fué, al propio tiempo, causa de la grandeza y de la ruina de la Hélade. Finalmente, cuando todas las fuerzas estuvieron agotadas, Grecia cayó bajo el dominio extranjero. Primero Macedonia y luego Roma asumieron la dirección política. Sólo la unión política pudo salvar a la Hélade y su legado cultural; pero esta unión no fué establecida por Grecia misma, sino por el extranjero. Los Estados griegos fueron incapaces de vencer sus intereses particulares, y el precio que pagaron por ello fué su ruina política y la pérdida de su independencia. Las grandiosas realizaciones del genio helénico hicieron que Grecia, vencida políticamente, triunfara culturalmente; pero este triunfo del espíritu no borra el hecho de que Grecia, materialmente y como factor político se hundiera.

Teniendo a la vista la experiencia griega, cabe preguntar si al Occidente no le aguarda el mismo destino que a la Hélade.

La civilización occidental nació de la fusión de tres elementos: la Antigüedad, el Cristianismo y los pueblos romano-germánicos, representando los dos primeros los factores de unidad, mientras que estos últimos significaron la diversidad.

Al irrumpir los pueblos germánicos a través de las fronteras del Imperio romano, cayendo las provincias occidentales bajo su dominio, se deshizo la unidad política del ecumene. Donde antes se había extendido un solo Imperio, con una civilización uniforme, se formaron ahora numerosos reinos entre los cuales se produjeron pronto violentos choques. Y fuera de los antagonismos internacionales, hubo también hondas divisiones



internas, motivadas por las diferencias étnicas, culturales y religiosas. Al propio tiempo, quedó reducido considerablemente el área dominado antes por la civilización greco-latina. El Imperio bizantino tuvo que luchar penosamente por su existencia. El Asia occidental, el Norte de Africa y la península ibérica cayeron bajo el dominio del Islam. La historia de la Europa moderna se inició en medio de las más grandes pérdidas internas y externas.

A través de un lento proceso histórico, se consolidó la situación europea. Los mismos pueblos que habían producido el hundimiento del mundo antiguo se asimilaron sus valores culturales y religiosos. Y la asimilación de la cultura clásica y la conversión al cristianismo significaron el triunfo de la unidad sobre la diversidad. Su primera grandiosa expresión encontró este fenómeno en el Imperio de Carlomagno. En los tiempos de Pipino y Carlos, el cristianismo se propagó victoriosamente por la Europa central y la Iglesia fué reorganizada y colocada bajo la autoridad del Pontífice Romano. Al coronar el Sumo Pontífice en el año 800 D. de C. a Carlomagno con la corona imperial, los contemporáneos aclamaron jubilosamente la restauración del Imperio Romano, celebrando el fin de la época de las invasiones y del desorden, celebrando el restablecimiento de la paz, la justicia y la unidad del mundo cristiano civilizado.

La idea imperial romana y la idea cristiana de la Civitas Dei se combinaron y dieron origen al grandioso esfuerzo del Medioevo de organizar la República cristiana: la cristiandad, unida, espiritualmente bajo el Sumo Pontífice y políticamente bajo el Emperador. Ciertamente que la unidad y la primacía espiritual de la Iglesia se vieron amenazadas temporalmente por crisis internas, por movimientos cismáticos y heréticos y por violentas luchas con los poderes temporales; sin embargo, jamás se puso en tela de juicio el hecho de que la cristiandad debía formar una sola comunidad, unida bajo la autoridad pontificia.

Ciertamente que el Sacro Imperio (que en la opinión de los contemporáneos no era sino la restauración y continuación del antiguo Imperio Romano) jamás logró unir al mundo civilizado en la misma forma que lo ha-



bía hecho Augusto. El poder de los emperadores medioevales estuvo limitado y hubo frecuentes conflictos con los demás gobernantes europeos. Sin embargo, en los tiempos de su mayor apogeo, el Imperio abarcó Alemania, Borgoña, Italia y Sicilia y la suzeranía imperial fué reconocida por Inglaterra, Dinamarca, Polonia, Bohemia, Hungría, Chipre, Armenia y Jerusalem. Y aquéllos que no estaban sujetos directamente a la soberanía imperial, reconocían que el emperador, como "primus inter pares", excedía a todos los demás soberanos, si bien no en "auctoritas", pero sí en "honor".

Así se organizó, como lo había enseñado San Agustín en su "Ciudad de Dios", la sociedad cristiana que tenía, bajo Dios, dos cabezas, el Papa y el emperador; dos principios de autoridad, el gobierno espiritual de los sacerdotes y el temporal de los reyes.

Bajo la dirección suprema del Papado y del Imperio, la cristiandad medioeval se constituyó como comunidad cuya unidad descansaba sobre valores morales y factores materiales comunes para toda Europa. La caballería feudal era una clase social de carácter internacional. La economía medioeval era relativamente uniforme. El latín era la lengua universal. En el gótico, encontró el pensamiento medioeval su más vigorosa expresión.

Cierto que hubo en el Medioevo numerosos conflictos entre los Estados europeos; cierto que los intereses particulares y regionales chocaron a menudo violentamente. Sin embargo, por descansar toda la vida en ideales comunes, hubo una conciencia común europea, siendo considerados toda persona, toda institución y todo reino como partes integrantes de la República cristiana.

El hecho de que existiera una conciencia universal europea hizo posible la coordinación de las distintas fuerzas particulares y la ejecución de grandes empresas comunes. Una vez consolidada la situación europea, la cristiandad empezó a reaccionar contra las fuerzas extranjeras. Conscientes de su misión ecuménica, los pueblos cristianos se esforzaron por extender la religión y la cultura occidental. La conversión de los pueblos eslavos en el Este, si bien fué iniciada ante todo por misioneros y caballeros alemanes, no fué una empresa na-



cional alemana sino una obra europea en que participaron representantes de la cristiandad entera. La Reconquista de la Península Ibérica fué obra, en primer lugar, naturalmente, de los españoles; pero al lado de los señores de Castilla y Aragón lucharon los caballeros de Francia, Borgoña, Inglaterra y Alemania, y la Iglesia española pudo contar con todo el apoyo moral y material del Papado y de la Iglesia entera.

Pero donde mejor se pone de manifiesto la unidad europea fué en las Cruzadas en que se unieron los representantes de toda la República cristiana para rescatar los Santos Lugares y para restablecer el predominio occidental en la cuenca del Mediterráneo. Gracias a la coordinación de sus fuerzas, los pueblos europeos pudieron reconquistar territorios que se habían perdido en los tiempos de división y anarquía.

Unida espiritualmente, la Europa medioeval realizó, en el interior y el exterior, empresas comunes. Esta unidad se hizo posible porque existieron, por encima de los intereses particulares y de las tendencias regionales, ideas e ideales universales, teniendo los pueblos occidentales conciencia de poseer un destino y una misión comunes.

Durante la Baja Edad Media, la República cristiana empezó a desintegrarse. El Imperio decayó; la Iglesia se corrompió; las fuerzas nacionales se convirtieron en poderes dirigentes. Los impulsos religiosos cedieron ante las tendencias mundanas. La unidad espiritual en Dios cedió ante la múltiple variedad de las fuerzas terrenales.

El Renacimiento y la Reforma constituyen el preámbulo de la Epoca moderna. Mas, aún no habían muerto las aspiraciones tradicionales. En un gigantesco esfuerzo, Carlos V trató de restablecer la unidad imperial, al propio tiempo que se inició el rejuvenecimiento de la Iglesia tendiente a superar la escisión religiosa. "El imperio de Carlos V —escribe Ramón Menéndez Pidal— es la última gran construcción histórica que aspira a tener un sentido de totalidad, es la más audaz y ambiciosa, la más consciente y efectiva, apoyada sobre los dos hemisferios del planeta, y, como la coetánea cúpula miguelangelesca, lanzada a una altura nunca alcan-



zada antes ni después. Carlos V fué el último emperador que vió la ciudad temporal y la ciudad eterna unidas, el último emperador universal, fué el primero y único emperador europeo-americano”.

La obra de Carlos V tuvo sólo muy corta vida. Pronto triunfaron las fuerzas que se habían levantado a partir de los fines de la Edad Media. En el orden religioso, se consumó la división confesional. El Occidente perdió su unidad espiritual y en adelante se “toleraron” cuantas creencias y opiniones se formularan. En el orden político, el imperio murió definitivamente y se consolidó el Estado nacional quien determinaría en el futuro los destinos europeos.

Sobre la universalidad medioeval, triunfaron las fuerzas particulares. Sin embargo, aun subsistían fuertes lazos de unión que hacían que Europa continuase siendo una unidad. A la Reforma y la Contrarreforma siguió la época de la Ilustración que hizo de la Razón su diosa, produciéndose una general secularización del pensamiento. La Ilustración declaró la guerra al obscurantismo medioeval y al fanatismo religioso, aspirando a ilustrar y perfeccionar al hombre por medio de la razón. Mas, a pesar de oponerse hostilmente a la tradición y religión, la Ilustración provenía del pensamiento cristiano, siendo su expresión filosófica secularizada. Cierro que la Ilustración apelaba a la razón y no a la fe; cierto que, esencialmente optimista, negaba el pecado y confiaba en el perfeccionamiento y la redención del género humano por medio de sus fuerzas propias; cierto que colocaba la meta del devenir histórico en la tierra y no en el cielo; pero, al mismo tiempo, radicaba profundamente en el pensamiento cristiano. La Ilustración tomaba al hombre como fin y no como medio. A pesar de su carácter humano y secular, poseía un aspecto trascendente, siendo la razón un valor absoluto y universal. La Ilustración era un fenómeno universal europeo que abarcaba toda la humanidad civilizada, ejerciendo su influencia en todas partes. La Ilustración era cosmopolita y sus adeptos se sentían ciudadanos, no de su patria, sino del mundo entero. El latín seguía siendo idioma universal. Los sabios viajaban de un país a otro y su patria eran todos los lugares donde brillaba la luz



de la razón. El ideal de la República cristiana fué sustituido por el ideal de la República de los Sabios. En todos los países europeos se fundaron Academias de Ciencias que debían ser los focos de donde irradiara la razón para "humanizar" a los hombres, ilustrar al género humano y pacificar el mundo.

La Ilustración, fenómeno intelectual y cultural, ejerció su influencia principalmente —como era natural— sobre el desarrollo del pensamiento; sin embargo, repercutió también en la vida política, suavizando el particularismo y egoísmo de los Estados.

Durante la época de la Ilustración declinó definitivamente el poderío español y se produjo la lucha de Francia por la hegemonía en Europa. Al mismo tiempo, realizóse la "europeización" del mundo. Pero esta difusión de la civilización occidental no fué una empresa común europea, sino que fué llevada a cabo por cada uno de los Estados individualmente, produciéndose una encarnizada competencia, de la cual surgió triunfante Inglaterra.

Las rivalidades entre las grandes potencias hicieron estallar innumerables conflictos, entre los cuales sobresalen, en los siglos 17 y 18, la Guerra de los 30 Años, la Guerra de Sucesión española y las guerras napoleónicas.

La Guerra de los 30 Años pone fin al predominio de los Habsburgo y prepara el auge francés. Las guerras siguientes son provocadas por el intento de Francia de conquistar y consolidar su hegemonía sobre el continente. Contra ello reaccionan las demás potencias, que se unen para salvar su independencia y reducir el poder francés a sus justos límites.

Estas luchas fueron motivadas por el egoísmo de cada uno de los Estados. Los débiles luchan por salvar su existencia y conservar su independencia; los grandes tratan de aumentar aún más su poderío y extender su influencia. La soberanía nacional es la norma suprema y ningún Estado está dispuesto a reconocer a alguna autoridad superior. Ha muerto la idea imperial; ya no se trata de unir a los pueblos en una organización común. Cada Estado quiere ser independiente y, en defensa de su independencia, procura incrementar su poder, siendo



el lógico complemento de esta tendencia una política imperialista, tanto en Europa como en ultramar.

No obstante, como un —si bien pálido— reflejo de la idea medioeval y cristiana se conserva el concepto de la comunidad de los pueblos europeos. Bajo los efectos de los ideales de la Ilustración, los estadistas siguen conscientes de su responsabilidad frente a Europa y, si bien defienden, en primer lugar, los intereses nacionales, comprenden aún a Europa como unidad. Ha desaparecido la idea imperial y ha triunfado el principio de la soberanía nacional. Por eso ya no es posible unir a los pueblos europeos bajo una autoridad común; ya no es posible coordinar las fuerzas europeas en empresas comunes. Pero aun es posible evitar que la competencia entre los Estados conduzca a un imperialismo desenfrenado, a la negación total de los derechos ajenos y al aniquilamiento de los competidores derrotados.

En parte, bajo los efectos de la misma necesidad política, pero en gran parte también bajo la influencia de los ideales cosmopolitas y humanitarios de la Ilustración, se mantiene el concepto de la unidad y solidaridad del mundo civilizado. Ya no se aspira a construir la paz europea por medio de una institución universal, pero existe el deseo de pacificar el continente por medio del equilibrio entre las potencias. Este deseo encuentra su expresión, en el orden político, en la fórmula del "concierto europeo" y, en el orden jurídico, en el derecho de gentes. Se reconoce plenamente la soberanía nacional, pero se procura evitar sus efectos destructores. El "concierto europeo", basado materialmente en el "equilibrio" de las potencias, jurídicamente en el derecho de gentes e ideológicamente en el ideal ilustrado de "humanidad", debe facilitar la paz al agitado continente.

Los grandes tratados de paz de Westfalia (1648), Utrech y Rastatt (1713-14) y Viena (1815) nacieron de estos deseos e intereses. En aquellas ocasiones, los estadistas trataron de solucionar los conflictos pendientes y hallar una fórmula para poner fin a las guerras. Además, conscientes de su responsabilidad frente a Europa, procuraron crear un orden internacional que permitiese al continente vivir en paz.



En la Edad Media, la idea de la República cristiana no pudo impedir las luchas inter-europeas, pero fué lo suficientemente fuerte como para hacer nacer una conciencia común europea e impulsar a los pueblos a realizar empresas comunes.

En la época de la Ilustración, el ideal de "humanidad" pudo aún menos evitar los conflictos continentales, pero logró mantener viva una conciencia europea común y, refrenando el egoísmo nacional, por lo menos hizo posible una cierta convivencia pacífica, evitando que las rivalidades entre los Estados condujesen a su mutuo aniquilamiento.

Las guerras napoleónicas fueron una continuación de las luchas de Richelieu y Luis XIV, y los problemas por ellas suscitados fueron solucionados en Viena por medio de los métodos tradicionales de la política y diplomacia clásicas del siglo 18. Mas, estas guerras, al propio tiempo de ser continuación del pasado, inauguran también una nueva época en la historia europea.

La Revolución francesa, si bien se levantó contra el Antiguo Régimen, recibió de éste su contenido intelectual. Las ideas de libertad, igualdad y humanidad, que el Despotismo Ilustrado había tratado de realizar mediante la autoridad del Estado, debían ser realizados por el individuo mismo. Debido a su carácter universal y cosmopolita, estos ideales debían ser puestos en práctica en todas partes. La Revolución encontró resonancia en todo el continente, y los éxitos militares de las fuerzas revolucionarias permitieron implantar en los países vecinos el nuevo orden, siendo organizadas las Repúblicas batava, rhenana, helvecia, ligúrica y romana. Los hombres todos, sin distinción de nacionalidades ni confesiones, debían ser libres e iguales y, unidos por su esencia común, habían de llevar a la humanidad a su máximo desarrollo.

El liberalismo racionalista de la Revolución era cosmopolita y, deseando crear el reino universal de la razón y de la humanidad libre, se dirigía a todos los hombres. Las fuerzas revolucionarias adquirieron así un carácter internacional y, uniéndose contra las monarquías reaccionarias, parecían poder crear un frente común europeo, por encima de la múltiple variedad nacional.



Mas, al lado de la tendencia liberal e íntimamente enlazada con ésta, actuaba en la Revolución la tendencia nacional-democrática. Al lado de Voltaire estaba Rousseau. Mientras que el liberalismo aspiraba a hacer libre al hombre por medio de la razón, garantizándole sus derechos naturales por medio de la ley, enseñaba el nacionalismo roussoniano que el hombre, guiado por el sentimiento, se hacía libre identificándose voluntariamente con la comunidad social. El liberalismo deseaba brindar al individuo el máximo de libertad personal. El nacionalismo roussoniano predicaba la superación del individualismo racionalista por medio del sentimiento patriótico y la superación de la voluntad particular mediante la voluntad general. Aquél consideraba al individuo como tal; éste lo comprendía como ser social y enseñaba que sólo su incorporación a la sociedad permitía al individuo alcanzar su plenitud humana. Aquél comprendía la soberanía popular como complemento lógico y necesario de la libertad personal; éste veía en la soberanía popular la manifestación de la voluntad colectiva. Aquél comprendía la nación como un factor histórico y contingente, debiendo estar por encima de las naciones y los Estados, el individuo y la humanidad. Este veía en la nación un fenómeno necesario, poseyendo el individuo existencia plena y real sólo como ciudadano, como miembro de la colectividad, mientras que el individuo aislado y la humanidad eran conceptos abstractos. Para el liberalismo, era el Estado un mal que se debía soportar y que debía ser reducido a un mínimo inevitable. Para la idea nacional-democrática, era el Estado la organización consciente de la voluntad general que permitía a la nación determinarse como tal y actuar en la historia. La idea nacional aspiraba a la identificación del individuo con la sociedad y de la nación con el Estado, y ello aportaría al Estado una fuerza y un poder como no los había poseído nunca antes.

En un comienzo, predominaron en la Revolución las ideas liberales, pero pronto se impusieron las tendencias nacionales. El pueblo francés se identificó con el Estado y, al hacerlo, se hizo cargo de la herencia política de la monarquía. La liberación de Europa se convirtió en lucha por la hegemonía de Francia sobre el continente.



El liberalismo había sido un movimiento universal, y la Revolución, en su etapa liberal, había sido recibida por eso en todas partes con inmenso júbilo. A esta corriente ideológica, las monarquías absolutas sólo habían podido oponer su poder material, siendo sus ejércitos derrotados por las fuerzas revolucionarias. Pero al triunfar en Francia la corriente nacionalista y al conducir ésta a una política francamente imperialista, los otros pueblos europeos pudieron oponer al nacionalismo francés su propio nacionalismo, quedando respaldados los intereses materiales de los Estados por la energía moral y el patriotismo de sus conciudadanos. Siendo así restablecida la igualdad de condiciones en el campo ideológico, decidió el mayor poder material, y el imperialismo francés sucumbió ante las fuerzas coordinadas del resto del continente.

En Viena, los estadistas trataron de restaurar el orden interno e internacional del Antiguo Régimen. Para eso, se opusieron a las ideas liberales, pero también hicieron caso omiso de aquel aliado que sólo les había permitido el triunfo sobre Napoleón: el moderno nacionalismo, la idea nacional-democrática rousso-niana.

Contra la "Restauración" se levantaron pronto nuevamente las fuerzas revolucionarias, lo que tuvo por efecto la división y el debilitamiento de cada uno de los Estados y el robustecimiento de la unidad europea. Mientras que las monarquías "reaccionarias" se unieron en la Santa Alianza, se agruparon las fuerzas rebeldes en organizaciones internacionales. Mazzini organizó el Comitato Europeo y la Joven Europa. Durante cierto tiempo, la múltiple división vertical de Europa en Estados estuvo reemplazada por la sola división horizontal en los dos bandos de la "Reacción" y la "Revolución". En los congresos internacionales de Viena, Aquisgrán, Laibach y Verona, los monarcas europeos ponían de manifiesto su voluntad de cooperar solidariamente. Hasta surgió el proyecto de realizar una expedición común a ultramar, con el fin de someter a las colonias rebeldes españolas. La división interna hizo desaparecer la división externa y Europa parecía internacional-



mente unida. La identidad de problemas era testimonio de que Europa poseía un destino histórico común.

Mas, este período de solidaridad europea fué sólo de breve duración. En el momento de entrar en juego los intereses vitales de los Estados, la unidad se deshizo. Primero se rompió la alianza de los gobiernos. Al levantarse los griegos contra el yugo turco, Austria, fiel a la política de restauración y legitimidad, propuso una política europea común contra los rebeldes. Pero Rusia, Inglaterra y Francia estaban demasiado interesados en un debilitamiento de Turquía. Y así tuvieron que ser sepultadas las bellas ilusiones de una Europa unida bajo el signo de la legitimidad y el orden.

El año de prueba para las fuerzas revolucionarias fué el año 1848. Al correr la gran ola de la revolución por el continente, parecía haber llegado el momento en que el individuo, libre por la razón, asumiese la dirección del Estado para poner fin a la opresión en el interior y a los conflictos internacionales. Pero pronto se puso de manifiesto el carácter ilusorio de estas aspiraciones. Los revolucionarios, en vez de permanecer unidos para establecer a través de todo el continente el reino de la razón y la libertad, se identificaron con los intereses particulares de sus Estados tan pronto como llegaron al poder.

Los revolucionarios en Francia se opusieron al movimiento nacional alemán. Los patriotas y liberales en Alemania no prestaron ningún apoyo a sus hermanos polacos con los cuales habían solidarizado en los momentos de opresión. Los revolucionarios en Austria, en su mayoría, se opusieron a las rebeliones en Bohemia, Hungría e Italia tan pronto vieron que la realización de sus propios ideales amenazaba destruir el imperio austríaco.

En el curso del siglo 19 se repitió el fenómeno que ya había tenido lugar durante la Revolución francesa. Las ideas liberales y democráticas, a medida que triunfaron, perdieron su carácter universal y cosmopolita; y no sólo lo perdieron, sino que ahondaron aún más la división política de Occidente, llevando el nacionalismo hasta sus últimas consecuencias y haciendo desaparecer los últimos vínculos de unión.



Al igual que en la Revolución francesa, la idea nacional se mostró más fuerte que la idea liberal. Al vencer los pueblos al absolutismo, incorporándose al Estado, pusieron a disposición de éste todas sus inmensas fuerzas materiales y morales. Más decisivo aún fué el hecho de que el nacionalismo, elevado a principio e ideal, hizo que cada Estado se tomase a sí mismo como fin supremo, perdiéndose los últimos vestigios de universalidad.

La Edad Media no sólo había poseído una conciencia europea, sino que la idea de unidad había descansado sobre dos sólidas instituciones universales: el Imperio y la Iglesia. La Ilustración ya no había conocido ninguna institución universal; pero por lo menos había tenido ideas universales, aspirando a la unión de la humanidad civilizada. El siglo 19 ya no tuvo ni siquiera el deseo de superar el particularismo nacional e hizo de la nación el ideal supremo.

Desde un comienzo, la historia de Europa había sido hecha por sus pueblos. En el tiempo de las invasiones y de la destrucción del imperio romano, habían comenzado a formarse las nacionalidades europeas que en el curso de los siglos habían adquirido un perfil cada vez más marcado, desarrollando su carácter nacional y definiendo su esencia. Cada pueblo había creado su civilización propia, expresión y definición de su alma nacional.

Este proceso de diferenciación nacional se había realizado durante largos siglos en forma casi inconsciente. En la esfera de la conciencia y de los ideales, habían predominado los valores trascendentes y universales, reconociendo todos los pueblos europeos normas comunes que habían establecido lazos de unión entre ellos. La religión cristiana y, más tarde, la idea de humanidad habían ejercido poderosa influencia, sirviendo de contrapeso contra el nacionalismo que actuaba en forma espontánea e inconsciente.

Sólo en el siglo 19, el nacionalismo fué elevado a ideal consciente y principio dirigente de la vida de los pueblos. En un comienzo y en el pensamiento de los filósofos, este nacionalismo aun fué amplio y poseyó rasgos de universalidad. Según el pensar de Rousseau,



Burke, Herder, Fichte y Hegel, las naciones eran las manifestaciones particulares del espíritu humano y universal el cual, como tal, era un ente abstracto y que, para definirse y adquirir realidad, se diferenciaba dando vida a las naciones. Cada nación representaba a la humanidad en forma particular, contribuyendo con sus creaciones y realizaciones nacionales al desarrollo del género humano. Cada nación tenía la misión histórica de desarrollar su propia esencia para enriquecer así el patrimonio cultural de la humanidad. Pero este reconocimiento de la necesidad de las diferencias nacionales no significaba la exaltación de unos pueblos y la negación de otros. Justamente por ser cada pueblo "un espejo de la divinidad", por poseer cada uno su rol en el gran plan de la historia, todos ellos eran necesarios y equivalentes. Por encima de las disonancias producidas por las rivalidades entre los Estados debía levantarse el concierto común de las naciones.

A medida que la idea nacional fué realizándose, dando origen a los Estados liberales-democráticos del siglo 19, perdió sus impulsos idealistas y se hizo cada vez más egoísta.

Desde que se formara en Europa el Estado moderno —desde los fines de la Edad Media— el Estado había actuado de acuerdo con su individualidad, defendiendo sus intereses, tratando de crecer a expensas de los demás. Su crecimiento había sido refrenado, en parte, por la influencia de los ideales universales y, en parte, por la carencia de medios materiales. Ambos factores desaparecieron en el siglo 19. La idea nacional, al comprender al Estado como la organización consciente de la voluntad popular, erigió al Estado nacional en ideal e hizo que la sociedad se identificara con él. En adelante, el Estado no sólo dispuso de inmensas fuerzas materiales, sino también de las energías morales de la nación. Al defender sus intereses particulares lo hacía ahora en nombre de los sagrados derechos de la nación y el patriotismo hacía que los ciudadanos aplaudieran todo lo que hiciese el Estado en beneficio de la nación.

Desde un comienzo, las naciones habían sido los actores en la historia de Europa. Ahora, por primera



vez, lo fueron conscientemente y su desarrollo particular quedaba sancionado por la idea. Por este motivo, los pueblos europeos alcanzaron durante el siglo 19 la plenitud de su eficacia histórica. Cuando, después de la unificación de Alemania, el último de los grandes pueblos europeos hubo conquistado su unidad nacional y su Estado nacional, pudiendo disfrutar el continente de medio siglo de paz ininterrumpida, el Occidente llegó a ser el mundo. Europa fué el centro económico, político e intelectual del planeta y difundió por éste su civilización.

Mas, en este mismo momento se inició la decadencia de Europa. Cada nación europea parecía haber encontrado su destino, definiéndose a sí misma. Pero entonces los pueblos occidentales se olvidaron de que, por alta que sea la función nacional, no es la función última. La idea nacional se hizo mezquina y se tradujo en chauvinismo e imperialismo. En el mismo período en que cada nación europea se había hallado a sí misma y en que el Occidente dirigía el mundo, las rivalidades entre los pueblos se acentuaron cada vez más debiendo arrastrar a todos ellos, finalmente, al conflicto suicida.

El nacionalismo fué la fuerza motriz de la época. Sin embargo, contra él se levantaron nuevamente fuerzas e ideas que parecían poder superar los crecientes antagonismos nacionales. Contra el Estado Liberal-democrático, capitalista e imperialista se alzaron el proletariado y el socialismo. Estando las masas obreras en los distintos países en una situación relativamente homogénea y careciendo de medios materiales e instrumentos legales para realizar sus aspiraciones, buscaron el mutuo apoyo oponiendo el socialismo internacional al Estado nacional. En vista de que su propia nación los tenía abandonados, los obreros se sintieron solidarios con sus hermanos en todo el mundo. Desde que Marx lanzara el Manifiesto Comunista, el proletariado internacional trató de coordinar sus fuerzas para vencer al Estado nacional que lo explotaba.

Se produjo una situación parecida a la que había existido a comienzos del siglo. Así como entonces la opresión ejercida por las monarquías absolutas había unido a todos los revolucionarios liberales y democráti-



cos, así ahora la explotación capitalista unió a los revolucionarios socialistas. Sin embargo, justamente esta analogía comprueba que la idea de unidad europea se había debilitado aún más. Mientras que entonces los monarcas europeos aun habían sabido coordinar sus fuerzas para combatir al enemigo común, ahora los gobiernos, a pesar de tener idénticos intereses, no tomaron ninguna medida solidaria para reprimir al socialismo internacional. El nacionalismo, principio informante de los Estados y de las clases gobernantes, impidió una política social común. Y pronto se puso de manifiesto que el nacionalismo era aún más fuerte que el internacionalismo socialista.

Al hacer estallar el nacionalismo imperialista la guerra en 1914, el Kaiser exclamaba: "Ya no existen los partidos; sólo hay alemanes". Y en efecto, el proletariado alemán que a través del Partido Socialdemócrata había combatido intransigentemente al Reich, se identificó con éste y tomó las armas en defensa de la nación. Idéntico fenómeno se produjo en los demás países. En todas partes, las masas obreras salieron en defensa del Estado a quien habían querido destruir y, olvidándose de la solidaridad del proletariado, iniciaron la guerra contra sus hermanos extranjeros.

El mismo nacionalismo que había provocado la guerra sirvió para superar la lucha de clases y unir a la sociedad. Al igual que todos los movimientos internacionales anteriores, el socialismo se mostró incapaz para unir a los pueblos europeos.

El nacionalismo imperialista que había provocado la guerra y que en su curso había unido a los pueblos internamente, se impuso también al concertarse la paz. Ante los intereses particulares de Inglaterra y, ante todo, de Francia, sucumbieron las esperanzas de los socialdemócratas alemanes y los deseos de Wilson de que la paz se hiciese con un criterio de justicia universal. La paz se hizo con un criterio de venganza, y los perdedores fueron castigados duramente. En vez de aprender con la terrible experiencia de la guerra, los vencedores se guiaron por los mismos principios que la habían engendrado, sin comprender que la paz sólo podía ser ganada si se iniciaba una política nueva.

Al concertarse los tratados de paz de 1648, 1713-14 y 1815, había prevalecido aún un cierto criterio universal europeo. Como un reflejo de la idea medioeval y cristiana de la unidad del ecumene, había existido aún una conciencia europea común. Los estadistas, sintiéndose responsables por la Europa entera, habían tomado el sistema político europeo como unidad orgánica. Por este motivo, habían dejado en pie al vencido, contentándose con reducir su poderío a un límite razonable. Conscientes de que el continente necesitaba de cada uno de sus países, no habían tratado a la potencia derrotada en forma tal que su existencia misma quedase puesta en peligro. Sabiendo que el uno no podía existir sin el otro, se habían esforzado por establecer un equilibrio de modo que de la concordancia de los intereses particulares brotase el "concierto europeo".

En Versalles, en cambio, se vieron los frutos de las tendencias nacionalistas del siglo 19. Europa no fué tomada en cuenta y los vencedores sólo pensaron en sus propios intereses.

Esta política no sólo produjo la ruina definitiva de los vencidos, sino que impidió también que los vencedores se repusieron de los terribles estragos de la guerra. Y ningún otro hecho prueba en forma tan evidente como éste que la paz se había hecho exclusivamente de acuerdo con un criterio particular nacionalista, pero sin ninguna visión general europea.

La paz de Versalles, lejos de proporcionar la paz al arruinado continente, sólo contribuyó a hundir aún más a Europa.

Esta situación era tanto más peligrosa —desde el punto de vista europeo— cuanto el Occidente había empezado a perder su puesto como dirigente del mundo. Mientras Europa había estado en su cenit, el mundo había dependido en una u otra forma de ella. Las estrechas relaciones intercontinentales hicieron que la gran guerra, a pesar de ser un conflicto europeo, se extendiese por todo el planeta, convirtiéndose en guerra mundial. Y durante los largos años de la contienda, Europa empezó a depender del mundo. La guerra suicida arruinó a los países occidentales, los cuales tuvieron que echar mano a sus últimos recursos. Las poten-



cias coloniales, Francia e Inglaterra, se vieron obligadas a recurrir a sus medios en ultramar para decidir la guerra en Europa. La guerra era, en su origen y esencia, un conflicto europeo. Sin embargo, movilizaron Inglaterra y Francia a todo el mundo para derrotar a su adversario en Europa. Por primera vez en la historia de Occidente, pisaron su suelo soldados negros, maoríes, hindúes, indonesios, llamados por los mismos europeos para aniquilar a otros europeos.

Cuando Francisco I, rey cristianísimo de Francia, se unió con el sultán turco, esta alianza produjo la más violenta indignación en Europa y fué interpretada como un acto de traición contra la cristiandad y la unidad de Occidente, hecho que prueba que en aquella fecha aun existía un sentido de responsabilidad frente al destino de Europa. Ahora, en cambio, desaparecida toda conciencia común europea, nadie se oponía a que "los defensores de los más sagrados valores de la civilización occidental recurriesen a senegaleses, sikhs o zulús para vencer a otro pueblo europeo.

Lo que finalmente decidió la guerra fué la intervención de Estados Unidos. El conflicto entre los pueblos de Europa fué decidido por una potencia extranjera. Esto significó, virtualmente, el fin del predominio de Europa en el mundo.

Los tratados de paz de Versalles, St. Germain, Trianón y Sèvres pusieron fin al conflicto bélico. Además, los estadistas diéronse cuenta de que no bastaba con liquidar la guerra; era preciso asegurar la paz tan penosamente conquistada, reorganizando las relaciones internacionales y basando la paz mundial sobre un sistema jurídico.

Si bien la intención era sana, poniéndose de manifiesto que por lo menos algunos estadistas poseían una visión general del panorama mundial, en la concepción y ejecución del gran proyecto, los dirigentes se mostraron cegados por el mismo criterio nacionalista que había informado la política europea durante la última centuria y que había sido la causa de la reciente catástrofe. A pesar de haberse hecho evidente que la idea nacional se había convertido en peligro y obstáculo para la evolución de la humanidad, se trató de organizar la



paz internacional de acuerdo con esta misma idea. El mismo nombre de la nueva institución internacional, "Liga de las Naciones", indicaba que estaba condenada fatalmente al fracaso. Tratábase de organizar la paz internacional; este problema sólo podía ser resuelto si se basaba la paz en un principio internacional, alguna idea universal que fuese capaz de unir realmente a las naciones y superar o, por lo menos, suavizar el egoísmo nacional. En vez de ello se creó una organización que, basándose en el principio de la auto-determinación de los pueblos y de la soberanía nacional, tenía el fin de dar a cada Estado la posibilidad legal de defender sus intereses particulares, creyéndose ilusamente que en esta forma se podía asegurar la paz general.

La Liga de las Naciones fracasó, no sólo porque traicionó sus propios principios, al excluir de su seno a Alemania, Austria, Bulgaria y Rusia, convirtiéndose así de organización de todos los pueblos soberanos en mera organización de las potencias vencedoras. La Liga de las Naciones fracasó, ante todo, porque quiso basar la paz internacional en el principio nacional. Y el problema consistía justamente en vencer el nacionalismo y señalar a los pueblos nuevos horizontes.

La era del nacionalismo había terminado e iniciábase la época de las potencias universales. Sin embargo, ninguno de los Estados europeos se levantó por encima del estrecho marco de sus intereses particulares. Durante la post-guerra, cada uno siguió pensando únicamente en sí mismo, sin comprender que Europa sólo podía conservar su posición si todos sus miembros coordinaban sus fuerzas. En los siglos anteriores, Europa había podido dirigir el mundo, porque uno de los grandes Estados europeos había sido más poderoso que cualquiera de las potencias extra-europeas. Ello había variado fundamentalmente durante la primera Guerra Mundial al arruinarse los países europeos en la terrible contienda fratricida y al recurrir los mismos europeos al extranjero para decidir sus conflictos domésticos.

Durante la post-guerra, Europa se debilitó aún más. Continuaron las rivalidades entre los países. Al propio tiempo, todos se vieron debilitados y perturbados por conmociones internas. El problema social se



agravó cada vez más. La lucha de clases se hizo cada día más violenta. El patriotismo que había unido a las clases sociales durante el conflicto bélico dejó de ser un lazo de unión. El proletariado que, por defender a la patria, había solidarizado con la burguesía y el Estado, reanudó su lucha por asumir la dirección de la sociedad.

El primero que logró reponerse en medio de la general anarquía, fué el más castigado por la guerra: Alemania. Alemania supo vencer la división interna y satisfacer las demandas de su proletariado haciendo de la temporal unión de las clases sociales durante la guerra, un sistema y una concepción. Combinando la idea nacional con la social, el nacionalsocialismo pudo reconciliar al proletariado con la burguesía, enseñando a todos que, como miembros de la nación, debían sentirse solidarios y hallar la satisfacción, no en la felicidad personal como la burguesía liberal, ni en el triunfo de los intereses de clase como el proletariado socialista, sino en el bienestar colectivo y en la grandeza nacional.

El nacionalsocialismo privó al Estado de su carácter liberal y burgués y privó al socialismo de su carácter internacional. Con ello logró incorporar al proletariado a la colectividad social y al Estado nacional. El nacionalismo, durante más de un siglo la idea motriz de la historia europea, celebró su último triunfo, poniendo de manifiesto su aspecto fecundo como también su faz negativa. Fecundo, porque logró restablecer la paz interna en Alemania y solucionar el problema social que la democracia liberal decayente no había podido resolver. Negativo, porque el nacionalismo alemán forzosamente tuvo que vigorizar el nacionalismo en los otros países europeos, provocando la reacción de éstos. Nuevamente estalló la lucha por la hegemonía en Europa.

Mas, la historia ya no preguntaba por quién asumiría la dirección en Europa, sino quién sería el dirigente del mundo. En esta lucha, Europa sólo habría podido mantenerse como centro del mundo, si se hubiera unido. En vez de ello, los pueblos europeos cogieron las armas y, al igual que en la primera Guerra Mundial, recurrieron al extranjero para decidir sus rivalidades. La segunda Guerra Mundial, provocada por



las rivalidades europeas e iniciada con el fin de decidir cuál de las potencias europeas debía tener la hegemonía, condujo a la ruina total de Europa. Entre los pueblos europeos no hubo vencedores; todos ellos fueron derrotados, siendo los triunfadores las dos grandes potencias extra-europeas: Estados Unidos y Rusia. Por no comprender que el nacionalismo era un anacronismo, que ya no se trataba de Alemania o Francia, de Inglaterra o Italia, sino que se trataba de Occidente, Europa entera y con ella cada uno de sus pueblos fueron derrotados y entregados a merced de Rusia y Estados Unidos.

Estados Unidos y Rusia estuvieron y están en condiciones de asumir la dirección del mundo, no sólo por su inmenso poder material, sino ante todo porque cada una representa tendencias y principios universales, comunes a todos los países del planeta. Estados Unidos es el más perfecto representante del capitalismo liberal-democrático burgués. Rusia, encabeza al proletariado socialista internacional. Entre estas dos potencias debe producirse la decisión. Cada una defiende, no ya sólo sus intereses propios, como lo hacían las potencias europeas en sus contiendas nacionalistas, sino que cada una representa intereses e ideas universales. Superando el anticuado nacionalismo europeo, cada una está capacitada para reunir en torno suyo a otros países, sirviendo los intereses y principios comunes de lazos de unión.

Europa ha dejado de existir, por el momento, como factor político propio. Y aun no hay indicios de que el viejo continente haya comprendido la importancia de la hora histórica. Mientras que está naciendo un nuevo sistema internacional, preparándose la gran contienda en que se decidirá si el mundo será ruso o norteamericano, continúan en Europa los antiguos odios y recelos nacionalistas. Mientras que se decide el porvenir del mundo, los países europeos siguen preocupados todavía de sus pequeñas rencillas. Mientras que se prepara la guerra más grande y terrible que jamás ha visto la historia, los pueblos europeos discuten las medidas que han de tomarse para evitar una posible nueva guerra con Alemania, una Alemania arruinada, destrozada y desnutrida. Mientras que se avecina la gran contienda entre el capitalismo internacional y el socialismo inter-



nacional, se discuten correcciones de las fronteras nacionales en Europa. Mientras que Europa, para no morir de hambre, tiene que solicitar la ayuda de todo el mundo, dependiendo de limosnas, todavía los gobiernos europeos hablan solemnemente de soberanía nacional y con ridícula tenacidad la defienden en pequeñeces, habiéndola perdido ya en su integridad. Con criterio nacionalista, se niegan a hacerse concesiones económicas, a eliminar tarifas aduaneras, a establecer un sistema económico europeo. Para "salvar" la economía nacional, prefieren someterse al extranjero antes de pactar con el vecino europeo.

Aun no hay indicios de que los pueblos occidentales, en vez de prescindir de sus intereses nacionales, piensen una vez en Europa. Sólo una Europa unida podría abrigar esperanzas de ocupar aún un puesto político importante en el mundo. Los Estados europeos, individualmente, están forzosamente condenados a caer bajo la influencia extranjera. Pero aun no se ve ningún intento de parte de los mismo europeos de vencer su división. Los únicos intentos que se hacen en este sentido provienen del extranjero. Rusia está organizando y unificando la Europa oriental. Estados Unidos, por medio del "Plan Marshall", está señalando a la Europa occidental y central la posibilidad de reponerse materialmente mediante su unión económica. Pero al reunirse los delegados europeos en París, para discutir el "Plan Marshall", se evidenció claramente que, en vez de analizar la proposición norteamericana con visión europea, prevalecieron aún los criterios nacionalistas.

La idea de los "Estados Unidos de Europa" no es, por el momento, más que una ilusión.

Grecia perdió su independencia política, porque no se pudo unir, conservando entonces sólo su importancia cultural. El Occidente, cuna de la civilización moderna, ¿podrá librarse del destino de la Hélade?

# I D E A · D E A M E R I C A

Una vez más nos es grato incluir un ensayo del destacado pensador español Pedro Lain Entralgo. Toca ahora temas que nos atañen más de cerca y que más de una vez han sido enfocados desde otros ángulos en estas páginas.

No será buena una idea de América si no ha empezado por ver en ella el término de un viaje de ida y el comienzo de un viaje de retorno. En el de ida, hace ahora cuatrocientos cincuenta y cinco años, un nauta trianero —dichosa edad aquella en que Triana daba navegantes de altura, además de toreros y danzaderas— lanzó su grito ritual y, esta vez, simbólico: “¡Tierra! ¡Tierra!”; “dulce palabra”, según López de Gómara. En el viaje de retorno, frecuente y múltiple desde hace ciento cincuenta años, miles de americanos han avistado las costas de Europa entre las Orcadas y Tarifa, y se han dicho en la mente o han dicho con la lengua la clave de su descubrimiento: “Historia, historia”, palabra no siempre dulce, pero siempre prestigiosa. En el ámbito ideal que delimitan esos dos descubrimientos se halla, debe hallarse inscrito el verdadero concepto de América.

América comenzó siendo, como todo lo que en la Historia Universal ha valido la pena, una utopía; pervivencia de la fabulosa Atlántida antigua, linde opulenta del Catay medieval, India tentadora. Colón pudo ser quien fué por haber sabido convertir en propia y acuciante una utopía universal: “Las maravillas y grandezas de las Indias igualan, y aun sobrepujan, a la fama que dellas anda por todo el mundo”, escribe su primer historiador, deslumbrado aún, viendo que la vieja utopía ha tenido, al fin, cuerpo visible y joven. Todavía en el último decenio del siglo XVI, cien años después del descubrimiento, el buen doctor Juan de Cárdenas dedicará todo un libro a los “secretos maravillosos de las Indias”



y se esforzará por mostrar a los europeos cómo los portentos de la Naturaleza descritos por los antiguos, Plinio o Dioscórides, quedan empequeñecidos por los estupendos prodigios naturales que las Indias ofrecen: “¿Qué escribió Dioscórides del erizo que no se escurezca con las propiedades del armadillo de la Nueva España?”, pregunta Cárdenas, reduciendo ya a versión, cuantitativa la universal utopía indiana.

Cuando la utopía adquirió “topos”, lugar, se hizo primariamente “tierra” según las palabras definitoras de su primer veedor; esto es, espacio terrestre, ancho espacio firmemente transitado por la planta del hombre. Pero los espacios transitables del planeta son para que alguien los llene de vida humana. América era entonces, y sigue siendo hoy, tierra espaciosa, ámbito vital indefinido. O, a un mozo venezolano, educado en París, que en el colegio parisiense “no se hallaba”, habituado como estaba a hacer equitación dentro de su propia casa. Espacio, ancho espacio fuese pampa, Ande, río o selva, “Far-West”: una tierra con inacabable posibilidad de lejanía, Oeste interminable, campo que galopar y poblar.

Allá, a la tierra semifabulosa y cuasi infinita, fuimos los europeos; quiero decir, españoles y portugueses en primer lugar; después, ingleses y holandeses; franceses, menos y más tarde, italianos, alemanes, polacos y húngaros, luego, cuando, bien pasada la hora de sexta ya había en América ciudades y caminos. Allá fuimos, dispuestos a llenar de vida la ancha tierra que Colón había soñado y Rodrigo de Triana columbró. ¿Qué llevaríamos a ella, de qué iba a ser, para aquellos primeros emigrantes, el inmenso espacio telúrico abierto ante sus ojos?

América fué —siglos XVI y XVII— cosas muy diferentes, equívocas, a fuerza de diversidad, según la intención de quienes sobre su suelo iban poniendo el pie. Fué para unos espacio de aventura, campo de novedades y hazañas que permitieran decir al término de la vida lo que al cabo de la suya decía Bernal Díaz del Castillo: “Esto hizo Bernal Díaz del Castillo, para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos”. ¿Cuántos y cuántos ánimos se



encendieron, planeando aventuras, por el camino real que va de Trujillo a la ribera del Guadalquivir? "De su propia voluntad y a su costa han ido", cuentan los dos Franciscos, Pizarro y el de Jerez, de los extremeños, castellanos y andaluces, que preferían la aventura indiana al pantano flamenco.

Para otros fué América espacio de misión, campo del ejercicio evangélico y docente. "Era justo que por el mundo se supiese en qué manera tanta multitud de gentes como destos indios había fué reducida al gremio de la Santa Madre Iglesia, con trabajo de españoles, que fué tanto, que otra nación alguna de todo el universo no lo pudiera sufrir", escribe Cieza de León en el atrio de su crónica. Aventura, conquista y misión; nombre ganado en hazañas imprevistas tierra en propiedad sobre el planeta, puesto eminente en la Jerusalén celestial: tal es el triple señuelo y la alegría del conquistador. Mejor que yo lo dice a Carlos V el letrado López de Góngora: "El trabajo y peligro vuestros españoles lo toman alegremente, así en predicar y convertir como en descubrir y conquistar". Mucho de lo que en España había de quijotesco y sanchopancino, a las Indias fué; no sólo a lograr ínsulas o pepitas de oro, mas también a rescatar princesas cautivas y deshacer entuerotos; "han hecho a los indios tomar y tener un Dios, una fe y un bautismo, y quitándoles la idolatría, los sacrificios de hombres, el comer carne humana, la sodomía . . . Hanles mostrado letras, que sin ellas, son los hombres como animales, y el uso del hierro; y muchas buenas costumbres, artes y policía, para mejor pasar la vida . . .".

Fué también América, cómo no, espacio de lucro, campo de granjería. Esta es la América que esperaba "El Buscón" Don Pablos para remedio de sus males y escaseces: "Determiné . . . de pasarme a Indias, a ver si mudando de mundo y tierra mejoraría mi suerte". De estos buscadores de riquezas, y aun peores, eran aquellos indianos que López de Gómara, con bien medida discreción, pone como leve sombra en su luciente "Lor de españoles": "El mal que hay en ello es haber hecho trabajar demasadamente a los indios en las minas, en



la pesquería de perlas y en las cargas". Pero no estaban solos los buscavidas españoles en el empeño de perseguir el lucro a toda costa; también lo buscaron Hawkins y Drake en San Juan de Ulloa y en Darién, y entonces no tenían junto a sí, a modo de sufragio redentor, ingleses que levantasen Catedrales y Universidades sobre suelo americano.

El ancho espacio de América fué para algunos la posibilidad de vivir en paz con la propia conciencia; así los peregrinos de "May-Flower" y los hugonotes de Virginia. Otros, en fin, vieron en el Nuevo Mundo campo en qué ejercitar la curiosidad intelectual, hastiada o lánguida ante los objetos familiares del Viejo. "Tengo por muy bien empleadas mis vigiliass, y el tiempo y trabajos que me ha costado ver y notar estas cosas", dice Fernández de Oviedo a la vuelta de contar con llana complacencia cómo son las aves, las sierpes y las frutas de Tierra Firme. Desde su retiro de Surrey, el fisiólogo Harvey ve en América la prenda de que es superable el saber antiguo: "para nosotros está abierto todo el orbe", declara a su amigo Ent, y por ello se siente capaz de discutir con los sabios de la antigüedad helénica, cuya información casi estaba limitada por las fronteras de Grecia. Y después de todo esto fué América para Mutis, Humboldt y Darwin, insaciables buscadores de puro saber.

Espacio de aventura, de misión, de lucro, de libertad, de intelectual curiosidad; todo esto ha sido América para los europeos. Pero, apenas traspuesto el siglo XVI, sobre el espacio telúrico ya menudea el rumor urbano. El aventurero y el buscavidas quedan allí, y allí fundan estirpe: ya el misionero es indígena. Quiere esto decir que el americano va sabiendo salvarse, hablar y regirse por sí mismo; Lacunza enseña en Chile, Sor Juana Inés de la Cruz gongoriza en Méjico su compleja y sutil intimidad, suena en los claustros de Lima la cadencia del silogismo. La tierra de América ha entrado en la Historia Universal. La historia remota y diversa de Moctezumas, Atahualpas y Caupolicanes es total y definitivamente absorbida por la universal historia indoeuropea y cristiana: los indios iletrados empiezan por

decir "Castilan, Castilan" —testigo, Bernal Díaz del Castillo—, y acababan por sentirse descendientes espirituales de Homero, Prudencio y Tomás de Aquino, como los pupilos de Salamanca y Bolonia.

América vive en la Historia Universal en tanto se europeíza: elemental verdad, nunca bastante repetida. Es la honda verdad que sienten en los penetrales mismos del alma los miles de americanos —independientes ya— que desde hace ciento cincuenta años se han dicho en su intimidad, a la vista de esta pura hazaña sin tierra que es Europa: "Historia, Historia". Pero no es esto lo decisivo aunque sea lo fundamental. Lo decisivo es la actitud espiritual de los americanos, indios, criollos o gringos frente a la Historia que les llevamos y, a la postre, frente a Europa.

Sin mengua de tantas inevitables y aun necesarias peculiaridades y subpeculiaridades estimativas y estéticas, el americano de pro —uno es hombre de pro en cuanto no conoce el resentimiento a diferencia del resentido, que es hombre de contra— miró con humildad y orgullo, mixtura no tan extraña como parece, su adscripción espiritual a Europa. Carlos Darwin descubre en la Pampa un clima sentimental muy distinto del que considera "europeo". El caballo del naturalista se rezaga casi agotado. Grita el estanciero: "¡Métale la espuela!" Darwin muestra compasión por el rocín exhausto. "No se preocupe, espoleéle, es "mi caballo""", le repite su huésped. Tuvo el zoófilo Darwin alguna dificultad, nos confiesa, en hacerle comprender que era por amor al caballo, y no por su precio, por lo que no quería usar sus espuelas. A lo cual respondió el estanciero, con expresión de sorpresa: "¡Ah, don Carlos; qué cosa!". Tras lo cual concluye el viajero que en América del Sur, por su extensión y su abundancia, "humanity and self-interest are not clo ely united". No, no es el mundo afectivo y el estético de los americanos el mismo que el de Europa. Pero a las pocas páginas nos sorprende Darwin declarando que halló en Suramérica un gran respeto "frente a cualquiera que mostrara la más humilde pretensión científica". La historia europea —reli-



gión, ciencia, arte, técnica, ideas y formas políticas— era entonces recibida con solicitud por los americanos del Norte y del Sur.

Pero la América austral ha crecido mucho desde que Darwin la visitó, y más la boreal. ¿Es extraño que con el rápido, desmesurado crecimiento, no todos los americanos hayan sido, frente a Europa, hombres de pro? Hasta cuatro formas de aberración distingo yo, desde la parte de Madrid que se esfuerza por mirar a América con amor y exigencias. Una, la más profunda, la menos grave, es “el indianismo”, y consiste en querer hacer del indio en cuanto tal —o, mejor, de “lo indio”— un sujeto de la Historia. El indio se cansa de ser catecúmeno, novicio o colaborador de Europa (a tanto llegaron Garcilaso de Inca y Juan Diego), y quiere ser antagonista. Trátase de otro racismo más, y no por orgullo, como los racismos germánico y judío, sino por resentimiento.

Otro modo de aberración es algo que llamaré “el orgullo del espacio”. El espacio terrenal de América, su inmensa potencia cósmica, han permitido, al europeizarse, que creciese fabulosamente el rendimiento cuantitativo de las posibilidades europeas: censos urbanos, cosechas, vacadas, rascacielos y motores de explosión son, cada cosa a su modo, árboles ingentes de semillas europeas, ecos titánicos de voces preferidas en esta ribera atlántica. Pues bien; algunos americanos, tal vez no pocos, se enorgullecen peligrosamente —peligrosamente para ellos, para su calidad humana, y, en último extremo, para todos— de lo que el espacio y un esfuerzo cuantitativo les permite tener. El reciente y lamentable diálogo entre Papini, imprecador de profesión, y ciertos periodistas americanos, ha revelado el orgullo del espacio de éstos. Grave, grave: se empieza por tener orgullo del espacio y se acaba renegando soterradamente de Platón, del Romancero y de Bach.

Menos temibles son las dos maneras de cierta inextinta aberración por adolescencia. Una es “la prisa”, el vehemente deseo de improvisar filosofía y estéticas “específicamente americanas” dentro de la Euroamérica común y materna. Nunca es buena la prisa, y me-

nos en el quehacer histórico; malo es inventar promesas, y no menos malo improvisar logros. Las guerras y las paces se pierden cuando se quiere hacer "guerra relámpago" y "paz relámpago" cuando no se hace simplemente "guerra" o "paz", sea cualquiera el tiempo que una y otra exijan. Aberración por adolescencia es, en fin, "la distinción extravagante". Es loable el propósito de distinguirse, de "ser distinto"; pero sólo cuando la distinción es hacia adelante o hacia arriba, no cuando es hacia los lados. La distinción lateral, tan fácil, se llama "extravagancia". Hay alguna deliberada extravagancia en América. El uso insolente de esas "corbatas-junglas" que ahora vemos, ¿no es, tal vez, el signo más liviano y visible de un adolescente, peligroso, plebeyo afán de distinción extravagante?

América, poblada, historificada por Europa, ha crecido tanto que hoy se siente con fuerzas para dirigir el mundo. Músculos tiene para ello. ¿Tendrá también la mente necesaria al empeño, esa mente sólo en cuya virtud, como enseñó uno de los padres de Europa, es agitada la mole? ¿O saldrá todavía de esa vieja y viviente Europa, pura hazaña sin tierra y sin pan, la chispa fulminadora de la actual calígene? ¿Llegará a ser el Atlántico un mar interior, un nuevo mar Mediterráneo, en que si una ribera da el poder de César, brinda otra la idea de Isócrates y ofrece la tercera voz de Séneca? ¿Se hará más densa la tiniebla, correrá más sangre europea y americana por los campos maternos, de nuestra común historia? Dios y nosotros vamos a decirlo.



# ¿A DONDE VA EL CATOLICISMO N O R T E A M E R I C A N O ?

El presente artículo es el fruto de un detenido estudio practicado en el mismo terreno por un sacerdote de habla española, interesado en conocer la verdadera hondura y proyecciones del movimiento católico en los Estados Unidos.

## 1.—Toma de tierra.

Quiero ofrecer una visión objetiva sobre la vida católica en América del Norte. Los hombres de lengua española nos quejamos de que no nos comprenden en los Estados Unidos. Es verdad. Pero tampoco andamos sobrados de ciencia norteamericana. Deseamos una colaboración sincera entre los católicos de ambas lenguas; pero están demasiado lejos nuestras mentes y nuestros brazos para que se puedan trenzar en un acercamiento cordial.

Para captar la visión católica de Estados Unidos hay que elegir ante todo un buen punto de observación. Hay que saber situarse y "tomar tierra". Con esto no quiero decir un simple aterrizaje o desembarcar. Algunos llegan aquí, y todavía con el mareo en sus nervios ponen su cátedra en el cantil del muelle, y desde allí dogmatizan alegremente: parecen que traen su lección aprendida y su cliché previo en el que ha de encajar la realidad norteamericana. Apenas ha recibido su retina los primeros colores, y ya elevan este puro cromatismo animal a la categoría de una metafísica del pueblo norteamericano.

¿No ve usted? — me decía uno de estos improvisadores. Este pueblo es maravilloso. Mire cómo colaboran los blancos y los negros. Qué amabilidad con los extranjeros. Qué maquinaria tan moderna... Al ver los rascacielos se comprende que este pueblo posee una alta espiritualidad... Vea usted cómo ese oficial de aduanas atiende a la monja: no cabe duda que es un pueblo que respeta la religión...".

Dejando a un lado esta filosofía (?) barata y aun gratuita, y tras un "toma de tierra" de un año de observación silenciosa, comencemos el examen de la vida católica en los Estados Unidos.

Y ante todo, advirtamos que este problema es sumamente complejo, por los elementos personales y por el ambiente social de este catolicismo.

#### a) Elementos personales.

Supongamos que un norteamericano desembarca en Sevilla: pasea, ríe, toma unas copas... y escribe unas páginas sobre la civilización española; más aún, sobre "los ingredientes de la cultura europea"... La osadía resultará exorbitante: juzgar a Europa por sólo Sevilla es confundir a la Giralda con San Pedro de Roma, o una pandereta con un reloj suizo o un queso holandés... Y es que Europa es muy compleja y la síntesis de su cultura no se puede establecer sobre un campo de análisis exclusivamente sevillano.

Algo semejante —en escala reducida— ocurre con los Estados Unidos. Este país tiene dimensiones y categoría de mundo, gigantesco en su geografía y en la variedad de sus elementos étnicos. Hay quien pasea por la Quinta Avenida de Nueva York, entra en la Catedral de San Patricio y ya se encuentra preparado para dar un curso sobre el catolicismo norteamericano. Pero el cocktail humano de Nueva York no es el catolicismo irlandés de New England, ni el activismo de Chicago, ni la versión centralista de la NCWC de Washington, ni menos aun los elementos hispánicos de California, polacos de Buffalo, o franceses de la Luisiana. No podemos olvidar que en los Estados Unidos tanto vale el adjetivo "unidos" como el sustantivo en plural "Estados", y que aun suponiendo el acento en la unidad, queda intacta la originalidad múltiple del conjunto.

#### b) Ambiente social.

Toda esa pluralidad resulta aún más compleja, cuando se considera que la Iglesia Católica, como cuerpo social, está en medio de otros grupos religiosos, o "credos", como aquí dicen. Habrá por tanto que examinar hasta qué punto el catolicismo influye o es influido. Abramos por un momento



la ventana sobre el panorama religioso; anuncios por los tranvías y los subways: "América es el hogar de todas las religiones"; el Párroco que bendice la mesa, y el rabino que da la acción de gracias; calle 16 de Washington, con diez templos de religiones diferentes, y dos logias masónicas; parroquias con escuelas progresivas; religiosas saliendo del cine; Catedral de San Patricio con misas a las que asisten los soviets; universidades libres, católicos casándose y descasándose a placer; caridades a millones, curas jugando al golf...

Todo esto que resulta confuso y babilónico, hay que examinarlo, juzgarlo, colocarlo en su puesto, lo bueno, lo deficiente... He ahí la materia para las páginas que siguen.

Hace unos días se entrevistó un profesor venido de Europa con otro norteamericano. El europeo, con cierto aire pedante, le dijo:

—Vengo de Europa, para obtener una visión comprensiva de América. Traigo mis ojos iluminados por la cultura mediterránea, fatigados por el humo de los incendios...

—Pues, entonces —comentó el americano—, lo mejor es que se eche en los ojos unas gotas de Eyetol, es un producto americano admirable, vale sólo un dólar...

No cabe duda que en ese binomio de profesores había valores humanos divergentes. Yo creo que lo más acertado es abrir limpiamente los ojos y el entendimiento y observar...; y si nos fatigamos la vista, tampoco habrá inconveniente en echar sobre los ojos clásicos y europeos unas gotas de Eyetol; es admirable y cuesta sólo un dólar...

## 2.—Laberinto religioso a través del "New York Times".

Quizá nada ayudará tanto a conocer la complejidad de los problemas religiosos en Norteamérica como el hojear la prensa cotidiana. No digo la prensa en su totalidad, porque el que intentase tomar sobre sí esa carga, parecería asfixiándose bajo un cúmulo de papel.

Tomemos, pues, un buen representante de la vida diaria. Por ejemplo, el "New York Times". Y selecciona este periódico sin noticias previas, sin preparación alguna —como dicen los prestidigitadores—, pero con la certeza de que, también como ellos, vamos a sacar de las 56 páginas de este Times



todo lo que queramos: Iglesia, desfiles, controversias, obispos, rabinos, sermones y música.

Ya en las primeras páginas se nos cuenta un conflicto religioso que se ha originado en la Iglesia Protestante Colegiada Reformada, con motivo de la venta del templo de San Nicolás, situado en la Quinta Avenida neoyorquina. Y es el caso que la mayoría del Consistorio (organismo directivo de las cinco iglesias Colegiadas Reformadas Holandesas de la ciudad de Nueva York), decidió vender el templo en cuatro millones de dólares, entre otras razones para cubrir ciertas deudas. Pero como no se logró la mayoría requerida, se votó la venta sólo "en principio". Desde enero hasta noviembre se ha seguido una tormenta, en la que han tronado las voces desacordes de los ministros, ancianos, diáconos y aun de los simples fieles. Finalmente, el 10 de noviembre, el pastor Rvdo. J. R. Sizoo anunció desde el púlpito su dimisión, y por su parte, los ancianos y diáconos publicaron una declaración en la que proponen "después de larga oración" constituir el templo de San Nicolás como sede de una iglesia independiente, separada de la "Colegiate Church Corporation". Si en el próximo mitin de la Congregación se adopta ese plan, pronto tendremos una rama más en el árbol del protestantismo neoyorquino.

Para alternar el dolor con la alegría, vamos a trasladarnos a una fiesta de sociedad. Dos altos jefes de la Marina, el Vicealmirante Blandy, jefe de los experimentos atómicos en Bikini, y el Contralmirante Lowry, se encontraron en una fiesta de sociedad frente a frente; pero no se crea que los separaba ninguna rivalidad: los separaba sólo "un sabroso pastel fungiforme, como la explosión de la bomba atómica". La idea no podía ser más delicada y evocadora... Pero no le pareció así al Reverendo A. Powel Danes, de la Iglesia Trinitaria de Washington, que aporreó con la masa de sus palabras al pastel fungiforme y a los descomedidos almirantes. "Si yo tuviera —dijo el Rvdo. Powel— la autoridad de un sacerdote medieval, yo invocaría la ira de Dios sobre tal indecencia..."

Mientras este airado Unitario invoca hipotéticamente la ira divina, los judíos reunidos en el Sèminario Teológico Judío de América (calle 122 y Broadway) estudian un plan para establecer en Nueva York una Universidad del Judaísmo: nada



de vacilaciones ni raquitismos: todos saben adónde van. Hay que formar dirigentes e investigadores. Por eso la Universidad comprenderá la Escuela Rabínica, la Escuela de Educación Judía, la del Servicio Social, el Centro de Música, Artes y Literatura israelitas y una Escuela para estudios superiores. La consigna es que hay que recoger quince millones de dólares en los tres próximos años. En la sesión vespertina de la misma Institución, Mr. Lehman, antiguo Gobernador de Nueva York, recibió el premio Samuel Rothstein "por haber ejemplificado en su vida pública y privada los ideales religiosos y morales de los Profetas de Israel". Mr. Lehman, en dicho acto, sugirió la creación de becas de 1,500 dólares para formar estudiantes "en la técnica profesional y en el espíritu interior". También Mr. Lehman sabe dónde va.

No se crea que los católicos no hacen nada. También se pueden sacar sus actividades de las columnas del Times. Ante todo, una donación; después, una protesta y, finalmente, un desfile.

La donación es del Cardenal Spellman, que entregó 1,000 dólares al "Hogar Judío de Inválidos Crónicos", según se anunció en la cena benéfica habida en el Waldorf Astoria.

La protesta fué formulada por la N. C. W. C. de Washington, uno de los organismos centralizadores de las actividades católicas, que denunció como "una violación de la democracia americana —llevada a cabo por el Congreso— la exclusión de los periodistas negros de las galerías del Senado y Congreso".

Y, finalmente, los desfiles. El primero fué de 2,000 policías católicos.

### 3.—La tentación del papel.

Cuando se comienza a estudiar el fenómeno religioso norteamericano, el investigador tropieza con una fuerte tentación: la biblioteca. Es el camino más fácil. Y el más barato: 5 céntimos en el Subway o tranvía hasta la cercana biblioteca pública. En ella, en una sección informativa, donde todo se halla deliciosamente estandarizado, desde la numeración del fichero hasta la sonrisa oficial de la bibliotecaria, se encuentra una amplia bibliografía sobre la Religión y la Iglesia Católica. Y ahí comienza la tentación: nada más fácil que copiar datos y acumular estadísticas. El que se crea que así

ha conocido a la Iglesia americana, ha cometido una falta original contra la sana investigación. En el Génesis, el Tentador ofreció a Eva una manzana: en este paraíso, demasiado terrenal, el tentador ofrece una estadística o un papel de anuncios: el que se lo crea y se lo coma intelectualmente, ha cometido una falta original que viciará toda su producción crítica.

Y, sin embargo, yo voy a comenzar este estudio, presentando libros y papeles: esto es la tentación. Pero, luego, he de salir a la calle y a la vida, para comprobarlos y juzgarlos: esto es vencer la tentación.

¿Qué libro me aconseja Ud. para formarme una idea de conjunto de la Iglesia Católica en los Estados Unidos?

Vea Ud. el Diccionario Oficial Católico de 1946.

Esta es la respuesta invariable. Por el momento, vamos a aceptarla. Examinamos la segunda de las cuatro partes del libro, que es la de verdadero valor. El panorama es espléndido:

22 archidiócesis  
 98 diócesis  
 158 arzobispos y obispos  
 38,980 sacerdotes  
 22,950 seminaristas (regulares y seculares)  
 139,218 religiosas.

Si de las estadísticas personales pasamos a las locales, el número de parroquias es de 14,523, y el de capillas, no parroquiales, 5,124, a las que hay que añadir 7,400 estaciones misionales.

La organización de la caridad obtiene un apartado importante:

365 Orfanatorios, con 64,527 asilados.  
 794 Hospitales, con 95,680 camas y 3.397,926 tratamientos.  
 237 Hogares para inválidos y ancianos con 21,633 acogidos.

Pero quizá el campo en el que las cifras son más impresionantes es el educativo, que cuenta con:

Enseñanza Superior: 211 Universidades y Colegios universitarios, con un total de 102,655 alumnos.  
 Enseñanza Media: 2,413 Establecimientos con 477,190 alumnos.  
 Enseñanza Elemental: 8,036 Escuelas con 2.141,813 escolares.



Y si a éstos añadimos otras instituciones docentes, el número total de alumnos en los establecimientos católicos asciende a 3.451,735.

Finalmente, saltando hacia los grandes números, podemos ofrecer estas estadísticas referentes a 1945:

705,557 bautizos; 87,430 conversiones y un conjunto de 24.402,124 de católicos que representan el 18.3 % de la población de los Estados Unidos.

La base de estas estadísticas la constituye el censo parroquial, cuya periodicidad y sistema presentan muchas variedades. Se puede afirmar que generalmente las parroquias bien organizadas, que son la mayoría, hacen una revisión total de su censo cada ocho o diez años, mediante una visita domiciliar, que presenta a todas las familias un cuestionario religioso. Y ya se entiende que sobre este fichero fundamental, se pueden anotar las variaciones anuales con mucha más facilidad, a fin de llevar el cómputo al día.

No cabe duda que esta precisión de datos es admirable y, además, muy americana. Este pueblo tiene la obsesión de las estadísticas y piensa las cosas cuantitativamente. Esto abre la puerta a una filosofía de la cantidad como interpretación del alma americana...; pero, de momento, vamos a cerrar esa puerta. Hay estadísticas de todo. El "Statistical Abstract of the U. S.", publicado anualmente por la Oficina Federal del Censo, es un alarde de organización y prueba de un engranaje perfecto de servicios. Allí los fenómenos más variados se encuentran sujetos a número y medida: enfermedades, divorcios, horas de trabajo, crímenes, volumen de negocios, cantidad de gallinas, visitantes de parques...

Pero aun dentro de la universal mentalidad, las estadísticas presentadas por la Iglesia Católica son una demostración de su organización, superior a las de otras muchas instituciones religiosas en la línea estadística. Cuando se publicó en 1945 el Anuario de las Iglesias Americanas, muchas de las confesiones acatólicas —más de 50— respondieron que había que atenerse a las cifras de 1936, en el que se publicó por el Gobierno un Censo religioso, y es de advertir que ni aún siquiera en aquella ocasión pudieron presentar todas las organizaciones religiosas los datos que les pidió la Oficina Federal.



Y por ahora, basta ya de censos y números. La Iglesia Católica de los Estados Unidos sabe presentar sus estadísticas: esto ya constituye una base de trabajo. Luego cumple con su misión. Luego posee el verdadero espíritu... ya éstos son saltos lógicos que, por lo menos, resultan incómodos al final de un artículo. No olvidemos que la Iglesia Católica no puede ser un "Catholic Directory": siempre serán el Cuerpo vivo y Místico de Cristo.

#### 4.—Libertad de cultos.

El problema de la libertad religiosa en los Estados Unidos se puede decir que nació con su misma constitución política. No que todos los Estados la entendiesen de la misma manera: por eso mismo fué un problema que había que resolver. Existía toda una gama de situaciones: Desde Rhode Island y Pennsylvania, en los que nunca había existido una Iglesia estatal, hasta Massachusset con su Iglesia Congregacional, pasando por Nueva York y Virginia, donde la guerra colonial había desacreditado a la antigua Iglesia de Inglaterra.

Tras vicisitudes que no son para contadas aquí, la situación actual es que todo norteamericano, en su doble condición política de ciudadano de su Estado y de la Federación, tiene protegido el libre ejercicio de la religión que le plazca; aunque la expresión y aún el contenido de ese derecho presente variaciones en las diversas cartas constitucionales hoy vigentes.

A la sombra protectora de este bosque constitucional, han puesto sus tiendas los más variados sistemas religiosos, como una ronda de hongos prolíficos, nacida en el húmedo y tibio clima de la más amplia libertad de cultos. "El goce y libre ejercicio de la fe religiosa, culto, creencias, sentimientos y profesión estará permitido, asegurado, protegido, garantizado y tenido por sagrado, para siempre jamás".

##### a) El desfile religioso.

Tomemos el "Anuario de las Iglesias Americanas" y desde su acera de papel contemplemos el desfile policromo y sagrado. En la edición de 1945, encontramos 256 iglesias diferentes o, para hablar con exactitud, "Cuerpos religiosos". Lo cual no



quiere decir que sean 256 credos distintos; ya que el contenido dogmático y moral de algunos de estos organismos es idéntico, y sólo son independientes en el sentido jurisdiccional.

En el desfile tomarán parte unos setenta y tres millones de americanos, mientras que otros sesenta millones, que no aparecen inscritos en ninguna iglesia, a lo menos por esta vez, se quedarán fuera de la procesión.

Ante todo, lo que llama la atención es la desigualdad cuantitativa de los grupos: desde la Iglesia Católica Romana, con más de veintitrés millones, hasta los "Amigos primitivos" con menos de veintitrés personas.

Los primeros en desfilar —estableciendo un orden de magnitud decreciente— son los católicos romanos. A menos que alguien quiera hacer desfilar a todos los protestantes en conjunto, en cuyo caso, ellos ocuparían el primer puesto, con más de cuarenta y dos millones. Más como entre ellos hay diversas especies y subespecies, preferimos ordenarlas con un criterio más homogéneo:

Baptistas . . . . .	14.000.000
Metodistas . . . . .	10.000.000
Luteranos . . . . .	4.700.000
Judíos . . . . .	4.600.000
Presbiterianos . . . . .	2.800.000
Episcopalianos . . . . .	2.200.000
Discípulos de Cristo . . . . .	1.700.000
Congregacionallistas . . . . .	1.100.000

Tras el rango de los millones, vienen veintinueve grupos con un censo superior a 100.000, y setenta y dos comprendidos entre 100.000 y 10.000. A éstos siguen noventa y tres, con un enrolamiento superior al millar, y finalmente, cincuenta y dos cuerpos o corpúsculos, con menos de un millar de adeptos.

#### b) El hogar de todos.

Pero si de los guarismos, a veces poco expresivos, pasamos a las denominaciones, podremos afirmar —como lo hacen los anuncios en los tranvías— que "América es el país donde todos los credos se encuentran en su casa".

Un obvio análisis nos muestra en la gran parada religiosa ciertos grupos de origen y cuño americanos: brotes indígenas o trasplantes perfectamente adaptados. Tal es la "Unión Ética Americana", los "Baptistas generales de los seis principios", "los Baptistas del séptimo día", "la Convención de la Nueva Jerusalén en los EE. UU.", "La Iglesia Católica Americana de la Archidiócesis de Nueva York" (que nada tiene que ver con la Católica Romana), "La Iglesia del Dios vivo, pilar y fundamento de la Verdad", etc., etc.

Pero América abrió magnánimamente sus brazos a Europa y a los europeos, y con ellos penetraron una serie de iglesias nacionales, como productos de importación que nunca lograron patente de americanismo perfecto. Puede decirse que toda Europa tiene su producción religiosa en los Estados Unidos: Baptistas germanos, Católicos nacionales, polacos o lituanos; daneses y eslovacos luteranos, noruegos evangélicos, la Iglesia inorgánica cristiana italiana, y la policromía litúrgica de los Ortodoxos orientales con sus griegos, armenios, búlgaros, serbios, ucranianos y siro-jacobitas. Y ni aun aquí habría que cerrar la lista, porque nos dejaríamos fuera a la Iglesia africana Ortodoxa, a los Budistas, al Templo Maya y a la Sociedad Vedanta...

Y por hoy ya es tiempo de retirarse de la acera de papel, y de volverse a casa, mientras desfila el cortejo religioso que canta en la libre América a Buda, Vishnu, a Cristo y a Jehová.

##### 5.—En una esquina de Times Square.

Hace pocos días bordeé el Times Square a las ocho de la noche, perdiéndome entre el río humano de sus aceras. La vida, la agitación de Broadway a esas alturas es un espectáculo inolvidable. Por unos instantes, como en las fantasías de Walt Disney, nos transformamos en muñecos, enredados en una magia de música y color, mas pronto el muñeco, como otro Pinocho, se siente con alma y empieza a pensar; al menos eso le sucedió al mío. Y, sin embargo, confieso que se hace difícil pensar en una esquina del Times Squares. Parece que toda el alma se achata y se hace puramente superficial y receptiva de impresiones. Cuando el muñeco retorna a pensar, va gradualmente cobrando profundidad y volumen: está salvado.



Lo que a mí me hizo reflexionar fué un ser extraño con un paquete de hojas entre las manos y con una voz queda e ininteligible sobre el paquete. Su abrigo raído, su rostro sañado y su barba peluda eran un reclamo irreal en aquella acera de la felicidad y la abundancia. Tres veces crucé ante él; para averiguar qué salmodia o pregón recitaba. No pude distinguirlo. Pero sobre el paquete de hojas había una etiqueta y en ella con lápiz rojo estas palabras: "The oldest organ of Atheism" (la más antigua revista del Ateísmo). Asombroso. Allí estaba el Ateísmo, en forma de un viejo raído, en la esquina, loca de luces del Times Squares con la calle 44.

a) **La A.A.A.A.**

¿Pero es que en los Estados Unidos hay ateos? No lo sé todavía. La primera sospecha se presentaba en la forma de un ente barbado, vendedor de una hoja que nadie compraba.

Redacté un cuestionario; pregunté a los expertos; revolví los ficheros. Fué allá en el año 1926, o finales del 25, cuando se constituyó en los EE. UU. la "Asociación Americana para el Avance del Ateísmo". El nombre era recto y liso como una cornisa romana; A.A.A.A.: así aparece en la Guía de Teléfonos de Nueva York. (Claro que resulta difícil lograr un record en América, y por eso aún el nombre de la asociación atea, entonces recién nacida y temblorosa, quedaba superado por la A.A.A.A.A. y por la A.A.A.A.A.A.).

¿Qué se ocultaba debajo de aquellas cuatro vocales? Siguiendo los boletines en que aparecen reseñadas sus actividades, se descubre una organización de ateísmo militante, que al año de fundada, tenía representantes en todos los Estados de la Unión, en Canadá, Filipinas y Puerto Rico, y que organizaba campañas contra los haberes del clero o la enseñanza religiosa en las escuelas, sin olvidarse de entablar procesos, atacar a la Biblia, publicar panfletos impíos y agrupar miembros bajo títulos tan terroríficos como "Los Angeles del mal" y "La Confraternidad de las almas condenadas".

No creo, sin embargo, que la sociedad prospere; porque aunque estaba sobrada de odios, andaba bien escasa de ambiente y dineros. En todo caso yo no les he seguido la pista; y el que quiera hacerlo, puede consultar "The Truth Seeker" (El buscador de la Verdad), que es el sarcástico título que debía tener el papel del Times Square.



**b) Una radioemisión de San Francisco.**

Ya había escrito estas notas, cuando la Radio nos trajo una emisión desusada. La estación KQW. de San Francisco el 17 de noviembre obsequió a los radioescuchas con media hora de charla atea, a cargo de Robert H. Scott.

El locutor comenzó su duelo contra los creyentes con estas palabras defensivas: "Yo no apedreo las ventanas de ninguna iglesia..."; y luego la afirmación confusionista de la libertad, llevada aquí a un extremismo absurdo: "Yo respeto el derecho de cualquiera a creer en Dios y a proclamar su fe. Pero exijo respeto para el derecho correlativo a expresar su falta de fe en tal ser". Y como se tratase de problemas inéditos y de objeciones inestrenadas, Mr. Scott hizo una salva general con pólvora avejentada. No puede existir Dios, porque existe el mal en el mundo... porque hay terremotos y tornados, porque 17 millones de americanos hoy vivientes serán un día las víctimas del cáncer...

Apenas acabó de hablar Mr. Scott, un repique general de teléfonos indignados acusó la recepción de la charla. El director de la emisora explicó entonces que él, por su parte, se había esforzado en dar facilidades al ateo, para "determinar si había suficiente interés por el ateísmo en aquella región, tal que justificase el emplear más tiempo en futuras emisiones".

Así de natural y lógico. Si hay interés en el ateísmo, se seguirá hablando de él, como se pudiera tratar de la pesca con caña, la expedición al Polo Sur o una pomada contra la calvicie.

Así de fácil y democrático. ¿No hay derecho para predicar la palabra de Dios? Pues también lo hay para predicar que no tiene palabra, que no tiene existencia. Y todo ello, sin disputas, sin salvajismo medioeval. Basta invocar la Constitución. Basta abrir la radio, girar el botón buscador. La media hora atea está interpolada como un sandwich de carne envenenada entre dos lonjas cándidas de pan. Es la expresión del Times "was sandwiched". No habrá que andar largo camino: a menos de un centímetro están predicando un protestante y un católico, pero a media calle, entre los dos, está Scott, el atea, con el que podemos sintonizar para entretenernos y que será más divertido... En todo caso, más nuevo... De pronto, hay un locutor que grita un poco más alto,



como dando una explicación: "hello, hello... Aquí es América!"

### 6.—De los superlativos a Boston, pasando por Wisconsin.

Para nadie es un secreto que los Estados Unidos son el país de los superlativos y los records: the boot, the largest, the fastest... lo mejor, lo mayor, lo más rápido...

El mismo país es en sí mismo un superlativo geográfico; sus riquezas un superlativo económico; su poder un superlativo dinámico. Una metafísica de la superlatividad nos llevaría a consecuencias insospechadas. Mas por hoy vamos a bajar de la metafísica a la física, y mejor aún a la calle: la bajada es rápida, la más rápida: un ascensor Otis hace ochenta pisos en un minuto.

En otros países estamos acostumbrados a cierta clase de superlativos comerciales y nadie se extraña de que cada pastilla de jabón, caja de betún u hoja de afeitar se crea la mejor del mundo en su especie; pero son puras creencias de las pastillas o del betún, que nadie toma en serio; el público no cree en esas excelencias absolutas. Pero aquí, en América, parece que, a fuerza de repetirse, el pregón superlativo comienza a pasar de la propaganda y el papel al cerebro y el espíritu. El norteamericano comienza a pensar que vive en un mundo superlativo; más aún, que él mismo es un ser superlativo.

Esto en parte es una realidad. El Empire State es el edificio más alto del mundo. La marina americana, la más poderosa. New York, la ciudad mayor. Wall Street, la más densa concentración de negocios. La bomba atómica el artefacto más destructor. Las universidades estadounidenses, las más ricas y frecuentadas. Coney Island es la playa donde toma el sol el mayor número de gente en la menor superficie del mundo. Hay una esquina en Chicago por la que desfila al día el mayor número de personas en el menor tiempo posible. Hace unos días se concedió un premio a la perra más maternal. Continuamente nos obsequian los diarios con fotografías de superlativos humanos, fáciles y pintorescos: el niño más raquítico, la vaca más gruesa, la mujer que se ha divorciado más, la huelga más larga...

Todo esto es verdad. Al menos no hay inconveniente en que lo sea. Pero el momento de reflexión, quizá de peligro,



comienza cuando se extiende el campo superlativo de los valores exteriores, más o menos cuantitativos, a otros más internos y espirituales, incapaces de expresarse en onzas o en pulgadas; cuando se comienza a pensar que se pueden colocar en la misma línea creadora el hotel modelo, las medias modelo, la vaca modelo, y la escuela, familia o iglesia modelo y prototipo de las otras. Si alguien extremase las consecuencias por ese camino, fácilmente llegaría a la consecuencia de que las instituciones políticas, culturales y religiosas americanas, son un nuevo decálogo práctico promulgado al mundo desde la cúpula del Capitolio de Washington.

¿Pero esto es así? ¿Es a lo menos verdad, limitándonos a la concepción católica de la vida? Yo no me atrevería a formular una afirmación contundente. En mi anhelo de objetividad quiere continuar todavía recogiendo datos.

Cierto día, un Diputado católico del Congreso washingtoniano, discutía con un sacerdote extranjero: "Para mí —decía el diputado— el tipo de católico verdadero es el de mi distrito electoral: los hombres van a Misa, pagan sus cuentas y votan por sus líderes católicos".

"Ustedes, los latinos —decía un profesor de Washington—, son exagerados; más bien supersticiosos que religiosos. Debían mandarnos los seminaristas más selectos para que los formásemos aquí; para que abriesen su espíritu a una verdadera comprensión y colaboración con todos".

"En los Estados Unidos —me aseguraba un pedagogo neoyorquino— hemos logrado un tipo más perfecto de educación de la castidad juvenil. El muchacho sale preparado para vivir en su medio. Los españoles educan con un criterio restringido, medioeval..."

Una tarde del pasado julio entré en una parroquia católica de Madison, capital del Estado de Wisconsin. El párroco me recibió con una amabilidad exquisita; yo resultaba, en su opinión, el primer español que llegaba a su iglesia... comprenderéis mi satisfacción y mi sorpresa; siquiera por esta vez iba a lograr un modesto record en América; ser el "primer español en aquella parroquia de Madison..." Hablamos de España. Según él, nuestro país sólo producía corcho y aceite, y ese bicultivo era la causa de nuestras luchas sociales...; para remediarlas, deberíamos hacer elecciones democráticas. (Yo le escuchaba maravillado). Después la conversación tomó



rumbo hacia el Sur. Hablamos de Hispanoamérica... "Esa es nuestra labor apostólica —me decía—, evangelizar ese continente, convertir esos pueblos apartados de Dios..."

Para completar nuestro circuito, volvamos al Este. A Boston. Se celebraba un congreso catequístico, magnífico de organización, nutrido de asistencias. El Papa Pío XII quiso aprovechar esta ocasión para hacer llegar un mensaje pastoral a los oídos americanos. Entre otras cosas dijo que uno de los mayores peligros en los momentos actuales es la debilitación y pérdida del sentido moral... Pocas horas después de la alocución papal, dos sacerdotes comentaban: "Tiene razón el Santo Padre... Es tremendo...; después de haber sufrido tantas destrucciones, ..... están perdiendo el sentido moral; ¡pobre Europa!"

Y aquí dejamos la pluma. Sin pretender por ello que esto sea lo que opinan "los" católicos americanos. No. Estas son sencillamente las opiniones de ocho o diez "superlativos" que dicen que sus católicos, seminarios, y educación son los mejores, y que, considerando a su iglesia ya completa, creen que los campos misionales hay que buscarlos en América del Sur, sin dejar por ello de tender una mirada compasiva al sentido moral que se va perdiendo en la "Pobre Europa".

### 7.—Yo soy seminarista de Baltimore...

Las ventanillas del "Congresional", expreso de la Compañía Pennsylvania, han encuadrado un documental de la industria americana: astilleros, factorías, tanques de combustible: todo el despliegue espectacular de la línea del Este. Pero a mi compañero de viaje no le interesaba la película. La mariposa de su atención volaba de chiste en chiste por la página cómica del Inquirer de Philadelphia: esa página que constituye el desayuno mental preferido por muchos americanos. Tampoco yo le interesaba nada a mi coviajero; pero, en cambio, él me interesaba a mí; mis preguntas atrajeron al fin a la mariposa, que abandonó el jardín del papel.

—Yo soy seminarista de Baltimore, el Gran Seminario de Santa María... Sí, soy católico, aunque mis hermanos "pares" son protestantes... El latín es horrible, y con dificultad conseguimos hablarlo... El seminario es antiquísimo, todo lleno de tradiciones; pero estamos muy contentos, por-



que el espíritu que reina es admirable... Nos preocupamos mucho por las cuestiones sociales, y desde luego los juegos tienen una gran importancia en nuestra formación..."

Nuestro diálogo pareció aplastado por los trenes y coches de la calle 30 de Filadelfia, pero ha suscitado el problema del clero americano: unos sacerdotes perfectamente adaptados a sus ministerios, rodeados del respeto y cariño del pueblo.

#### a) Adaptación.

La terrible palabra, erizada de compromisos. ¿Hasta qué punto se pueden estirar los conceptos, como si fueran goma de chicle? ¿Hasta qué ángulo se puede inclinar uno, sin perder el propio equilibrio?

La formación del sacerdote americano se hace pensando en que su labor ha de ser exclusivamente parroquial. Yo diría que consiste en preparar el "funcionario de la parroquia", dejando a la palabra su sentido puro funcional, sin negar más altos ingredientes.

Dentro de la Parroquia todo está medido y prefijado, dejando un escaso margen a la improvisación, todo está "scheduled", es decir, pre-escrito en el programa, que se sujeta a un calendario con la exactitud de las estaciones: confesiones a tal hora, novena a tal hora, colecta los domingos en el atrio, catecismo los lunes en la escuela, baile los martes en el salón...

Quizá, si alguien se va a confesar a deshora, se le responderá que el tiempo señalado es por la tarde; y, para instruirlo, se le dará un impreso con las horas y confesores de todo el año... Quizá, si alguien presenta un problema pastoral nuevo, tenga que pasar de uno en otro, hasta llegar al especialista que sólo recibe los miércoles, downtown, de 3 a 4...; pero, en cambio, todo predicador sabrá preparar con perfección a los sacramentos, todo maestro dará ejemplarmente su clase, y cada domingo se leerán en la parroquia toda clase de documentos, sin olvidar las intenciones de la colecta y el empleo del presupuesto. Además, en todo momento, y a través de bien preparados ficheros, se podrá saber quiénes son y dónde están los feligreses. Se puede decir, por tanto, que cada sacerdote, en el tiempo de su "duty", funciona perfectamente.



**b) La ausencia del anticlericalismo.**

El sacerdote católico es un ser popular. Si no lo fuera, no lo hubiera exhibido Hollywood con éxito en el mercado del celuloide; no sólo en el tan discutido "Siguiendo mi camino", sino en "Las llaves del Reino", "Las Campanas de Santa María", "Los verdes años", "La vida de Jolson", e, incluso, en la película italiana, "Ciudad abierta", donde aparece como héroe de la quinta columna. Esta presencia favorable del sacerdote católico en la pantalla, ha sido denunciada por los protestantes como un abuso de romanismo, enfrente de la actitud, a veces dudosa, de sus pastores en Cinelandia.

Y el cine no hace sino rodar una verdad conocida: el sacerdote católico tiene prestigio ante el público americano. Puesta la sentencia en negativo: el cura no tiene enemigos específicos que representan una versión transatlántica del anticlericalismo. Si se les ataca, es en la línea antipapista, como oficiales del trust católico al servicio del capitalismo y fascismo...; pero esto es mal humor de algunos, no común denominador de la crítica.

¿Por qué no se da el anticlericalismo? En la respuesta a esta cuestión hay la promesa de un libro...; pero aquí bastan unas líneas: el sacerdote no aparece enfrente o contra el pueblo, ni aun siquiera esperando muy por encima de él; sino que marcha entre el común de los fieles, quizá no tanto delante, cuanto al lado... El sacerdote come en el restaurant, bebe en el mar, entra en el cine, juega al golf o al tennis, se viste con poca diferencia del traje seglar. Además, dado que grandes masas del catolicismo americano son de extracción popular, el sacerdote posee un instintivo sentido popular de ponerse al lado del obrero, del débil, de la minoría oprimida... En cierta huelga de metalúrgicos, paseaban los obreros ante la fábrica, llevando unas pancartas. Cuando dos sacerdotes católicos se les acercaron, tomaron dos de los letreros y se incorporaron a la línea de los huelguistas.

—Pero, ¿por qué están Uds. aquí? —les preguntaron unos reporteros.

—Nosotros no sabemos por qué es la huelga; pero ésta es nuestra gente y nosotros estamos con ellos.

A los pocos días de esta huelga, unos desalmados entraron a robar en una iglesia católica. El párroco lo advirtió y,



tomando su pistola, los persiguió a tiros, colocando cinco impactos en la portezuela delantera del coche fugitivo... A la mañana siguiente, toda la prensa celebró la puntería perfecta del defensivo párroco.

Todo esto hace popular al clérigo, pero no lo rebaja. Porque es un hecho que la vida común en la Rectoría, el nivel económico que cubre honestamente sus gastos, el comportamiento por lo general excelente, y el sacrificio del celibato —puesto de relieve frente a la vida matrimonial de los ministros protestantes—, establecen una supremacía moral, fácilmente apreciada por el pueblo, que, por otra parte, no busca en sus ministros sino el que le faciliten la salvación del alma a través de la organización parroquial.

### 8.—¿Dónde está la familia católica?

Cuando algún turista irresponsable quiere atacar la concepción católica de la vida en Norteamérica, emplaza su batería frente al blanco familiar y dispara su salva destructora. ¿Dónde está la familia católica? ¿Por qué crece la limitación de la natalidad? ¿Por qué aumentan los divorcios? ¿Qué resultado dan los matrimonios mixtos? ¿Dónde está el hogar, si siempre se come fuera de casa, si cada uno de los hijos lleva la llave de la puerta, si los menores denuncian a los padres, si los padres se despreocupan de los hijos, si los ancianos buscan en el club de noche cómo solazar sus años abandonados?

Al responder a este cuestionario, hay que distinguir lo privativo de la familia católica, de lo que es nota universal americana. Y, sobre todo, hay que eliminar cuidadosamente la influencia nefasta de la propaganda con su espejismo sensacionalista, ávido de todo lo excitante y escandaloso: no hay cronista de Hollywood que no le recuente diariamente a cada estrella todos sus eclipses, divorcios y maridos previos. No hay edición de "yellow paper" que no nos aterrice con la historia de un niño que mata a su familia, una madre que descuartiza a su hijo, y un sin fin de personas bígamas, adúlteras, sádicas y perturbadas... y todo ello acompañado de los retratos de los héroes, sonrientes y complacidos por la futura publicidad. De una vez para siempre, la familia real americana, viva en la Quinta Avenida o en las Praderas, es bastante su-



perior a la familia de exportación que se pasea por los salones de cine del mundo.

**a) ¿Qué opinan quince mil médicos?**

No hace muchos días el New York Times nos presentó los resultados de una encuesta realizada entre 15,000 médicos, sobre si el servicio de Salud Pública debía enseñar a los casados que lo solicitasen, los métodos para limitar la natalidad. Según las estadísticas del Times —cediendo en esto al afán sensacionalista— el 98,7 por ciento de los médicos favoreció el "birth control" por razones sanitarias, y el 79,4 por ciento por motivos económicos.

Pero la verdad —y eso se lo calla el Times— es que de los 15,000 médicos preguntados sólo respondieron 3,381 (lo cual puede suponer que cerca de 10,000 no participaban la opinión afirmativa o, al menos, no juzgaba conveniente el manifestarlo).

A los pocos días un Gallup Boll volvió a hacer la indiscreta pregunta a una sección transversal de Estados Unidos, que comprendiese toda clase de personas. El 64% respondió que sí, y el 23% que no. También los niños de bachillerato, y aun los de instrucción primaria, fueron invitados a dar su voto de ciudadanos conscientes sobre la materia tan conocida por ellos...; el 70% de los bachilleres y el 57% de los primarios se decidieron por la afirmativa. Para concluir de "aclarar" el significado de la encuesta, decía George Gallup: "Los que disfrutan los beneficios de una educación superior, favorecen la difusión de esta doctrina mucho más que los que sólo reciben educación elemental... Y los menores de 50 años, más que los mayores de esa edad..." Creemos que en todo esto hay bastante de exageración; pero nos parece que los católicos tienen que temer no poco los estados de opinión que pueden formarse en un país, en el que de 77 Facultades de Medicina, sólo 5 son católicas...

**b) El mendelismo religioso.**

Fué en Boston donde un párroco, previniendo a los fieles contra los peligros del matrimonio mixto, es decir, de aquél en que uno solo de los contrayentes es católico, les decía: "Los padres conservarán cada uno su fe; los hijos vivirán una

fe vacilante, los nietos se pasarán al credo y a la moral más fácil". Quizá aquel buen bostoniano exageraba un tanto — y nótese que su ciudad es la que tiene el mayor porcentaje de católicos, casi tres cuartas partes—, pero en ese caso hay que admitir que exageraban igualmente todos los que repitieron lo mismo, con una insistencia que eleva la afirmación a la categoría de un Mendelismo religioso, en el que el carácter recisivo en la fe católica, que se pierde en la tercera generación...

De aquí la atención dedicada por los educadores católicos para remediar los daños de los matrimonios mixtos, y el que los bailes y fiestas sociales, no explicables en nuestros salones colegiales o parroquiales, están perfectamente justificados en orden a facilitar amistades y relaciones que se pueden añadir en futuros matrimonios católicos.

Hay, además, en estos matrimonios mixtos un dato cierto, y es que son menos estables. Según cifras publicadas por "El Protestante" —que impugna desde su lado el matrimonio mixto— el número de divorcios es el doble y medio mayor entre los cónyuges de religiones mixtas, que entre sólo católicos.

¿Pero es que se divorcian los católicos? Sí, los malos católicos, se entiende. El divorcio es una enfermedad nacional que arruina uno de cada tres hogares. El clamor contra él, siempre vivo en las páginas católicas, ha alcanzado ecos legislativos y se empieza a hablar de una ley federal que dificulte el divorcio.

¿Cuál es, por tanto, el estado de la familia católica? Si la comparamos con la española, tomada no como modelo, sino como punto de referencia más conocido, podremos afirmar, con ciertas cautelas, que, como resultado de la organización social y económica, tiene en las ciudades menos de "hogar y convivencia"; y, además, debido a los factores éticos y religiosos del ambiente, limita más la natalidad y goza menos de estabilidad. Nadie —ni Mr. Gallup— será capaz de reducir a Matemáticas estas apreciaciones; pero no cabe duda de que el aumento de coste de la vida, plantea a las familias numerosas un problema de sacrificio, que no se compagina con la conquista de felicidad terrena, parte esencial de la "American Way". Y en cuanto al divorcio, para un católico dispuesto a traicionar su fe, quedará el cambio de mujer muchas veces a la distancia a que quede la más próxima Corte de Justicia.



### 9.—La muerte del liberalismo histórico.

La National Broadcasting Corporation echó a volar por el aire la voz de Fulton J. Sheen, Profesor de Filosofía en la Universidad Católica de Washington, y sus palabras galoparon como caballos de Apocalipsis.

El dinámico Monseñor afirmó que hemos llegado al final de un capítulo de la Historia, el postrenacentismo antropocéntrico; que estamos contemplando la muerte del Liberalismo Histórico; y que, en definitiva, clausuramos una época arreligiosa, para estrenar una nueva era; en ella no se ha de luchar por posesiones coloniales o reivindicaciones nacionalistas, sino por una Filosofía religiosa más trascendente: lucha de absolutos: del Dios que se hizo Hombre contra el hombre que quiere hacerse Dios: Cristo y Anticristo.

Todo esto suena, wagnerianamente, a Ocaso de los Dioses; pero todo esto lo habíamos también dicho nosotros muchas veces. Parece que es verdad cuando se declama en un tablado europeo, con personajes tan representativos como Roma y Moscú...; mas cuando el micrófono está conectado con la NBC, las afirmaciones se afilan y arriesgan, hasta constituir una prueba de valor.

Se necesita valor para decir que el Liberalismo es un cadáver, en un país que ha hecho de la democracia liberal un clima en que vive, un mito al que adora, y una consigna con la que empapela sus carteleras y tranvías. Se necesita audacia para afirmar que no luchamos por colonias o por nacionalismos, cuando la prensa de cada día nos presenta una geopolítica ensangrentada, desde la guerra civil de China hasta los tumultos de Italia o Bélgica, pasando por las reivindicaciones de Indonesia o Cochinchina, las agitaciones hindúes, el terrorismo de Jerusalén y los incidentes fronterizos que le han hecho perder a la Hélade su serenidad clásica...

Se necesita valor, y además intuición profética, ya que el profesor Sheen, en las proposiciones anteriores, más que expresar la realidad actual está leyendo en el futuro, y por esto altera la perspectiva: a fuerza de ver clara la idea, la desvincula del tiempo, y lo que es verdad para mañana, lo hace verdad para hoy.



Y no me atrevo a tocar la tuba y hacer una contraprofecía; pero creo advertir que el liberalismo y el materialismo arreligioso todavía pervivirán en los Estados Unidos, aunque quede tras ellos una posible evasión a lo absoluto. Yo no creo que el estar sentado cómodamente en una butaca, sobrado de vitaminas, con aire acondicionado y gozando de un espectáculo, sea ninguna postura "absoluta". Y la verdad es que esa butaca, real o posible, es la que está en el horizonte volitivo de buena parte de americanos.

Todo lo concreta que es una butaca, así de inconcreta y nebulosa es la filosofía del que se siente en ella, que es otro modo de evadir lo absoluto. Fuera del campo católico, la actual filosofía religiosa, si es que existe, rehuye el plantearse problemas definidos y el contestarlos con respuestas absolutas; no quiere trazar un borde que podría limitar el camino; se niega a definir la verdad para poder tender sus brazos a los dos extremos contradictorios; no quiere elegir un color para no renunciar a lo restante del espectro: como en un verso verleniano "no se quiere el color, sino el matiz". En dos palabras: en vez de enristrar una lanza absoluta contra el molino de viento —que es la actitud española—, resulta más práctico comprar el molino y comerse los pasteles hechos con la harina que muele... son ricos en vitaminas.

Sintonicemos de nuevo con Monseñor Sheen.

El Anticristo se presentará como el gran Humanitario, que hablará de paz, de prosperidad y abundancia, no como medios que nos lleven a Dios, sino como fines en sí mismo. Escribirá libros que expongan nuevos conceptos de Dios, que se acomoden a la manera de vivir del pueblo...; predicará la fe en la Astrología, para hacer responsable de los pecados a las estrellas; explicará la culpabilidad como derivada de un complejo sexual reprimido...; identificará la tolerancia con la indiferencia ante la verdad y el error, el bien y el mal; promoverá la ciencia, para que los técnicos de guerra destruyan una maravilla con otra; promoverá los divorcios, bajo pretextos "vitales", invocará la religión para destruirla; hablará de Cristo como del más grande hombre que jamás existió; afirmará que su misión es librar al hombre de la servidumbre de la superstición y del fascismo, sin que llegue a definir tales términos...; predicará, en fin, una fraternidad, sin una paternidad de Dios..."



No hay por qué seguir. Para todo mediano observador de las realidades americanas, entre las líneas del alegato anterior se desliza la duda de si el profesor Sheen puso prudentemente en futuro lo que podía haber expresado más realísticamente en presente. Quizá estamos, una vez más, ante una inversión de perspectiva, y esta vez lo que él cree verdad de mañana resulta una tremenda verdad de hoy. Fulton Sheen cree estar haciendo una profecía, y no hace sino rodar una película, quizá sobre un atlas mundial, pero en lo que son fáciles de identificar los escenarios americanos; proliferación de organismos que buscan la paz y la felicidad humana; nuevas formas religiosas con nuevos conceptos de Dios; centenares de libros de astrología y freudismo llevados bastantes veces a la pantalla; pendiente suicida del divorcio... Y en cuanto a ciertos conceptos son baúles y mundos ideológicos acarreados en nuestro viaje por la tierra y en los que cada cual mete todas sus experiencias pasionales de amor, odio, éxito o desgracia, de manera que nadie sabe exactamente lo que en un momento dado se contiene bajo la tapa.

Y no sé, por tanto, si el navío humano ha puesto proa a lo absoluto: de momento estamos fondeados con las dos anclas del liberalismo y el materialismo. Y aquí es donde reside todo el mérito y peligro del Catolicismo Norteamericano. Vive en clima liberal; y aunque el "baúl" tenga contenido diverso en cada continente, siempre hay cosas en él contrarias a la dependencia de Dios y de la Iglesia. Vive en un paraíso materialista, lleno de manzanas y serpientes, y corre peligro de olvidar que el seguimiento de Cristo no consiste en quedarse comiendo con El perpetuamente en el Cenáculo, sino en seguir hasta el final del Calvario, donde asestó contra el Liberalismo y el Materialismo los dos golpes más definitivos: obediencia hasta la muerte y muerte en la Cruz.

#### 10.—Una minoría respetada.

Lo primero que ha de hacer quien desee conocer la posición corporativa de la Iglesia Católica en los Estados Unidos es leer varias veces el artículo 6º de la Constitución; la primera de las enmiendas; la jurisprudencia de los Tribunales y los comentarios de los peritos. Tras ellos, sacará esta consecuencia: existe una separación perfecta entre la Iglesia y el Estado, que prohíbe las mutuas interferencias; y el hecho



de pertenecer a una determinada Iglesia o Religión, o a ninguna, no priva al ciudadano americano del disfrute de ninguno de sus derechos.

Si de los textos legales bajamos a la calle y a la vida — y prescindimos de las soluciones históricas del problema— podremos advertir que hoy existe una voluntad firme en los elementos directivos, y una franca colaboración en casi todos para producir una temperatura tibia y tolerante de invernadero religioso, en el que se pueden dar todas las plantas. Digo “dar”, sencillamente, sin prejuzgar nada sobre la altura y crecimiento permitidos a determinados árboles.

La creación de este invernadero ha sido la obra lenta de la mutua comprensión, de la propaganda sagazmente orientada y, también, de la actitud autodefensiva de las plantas.

Pero entre todas ellas el cultivo predominante es el Protestantismo; la Iglesia Católica ha sido y es una minoría. No conviene engañarse ante ciertas estadísticas: es cierto que el número de los “*unchurched*”, o no adscritos a una iglesia, supera a la mitad de la población norteamericana; pero eso no quiere decir que sean anticristianos, ni mucho menos ateos. En bastantes de ellos existe una aceptación implícita, y a veces, explícita, de muchas verdades cristianas, que no van unidas a la adscripción a un determinado grupo. Aunque no se puede decir que son presbiterianos o metodistas, si forman parte de una cristiandad difusa, con un contenido más sentimental que dogmático, e ideológicamente están muy cerca del protestantismo oficial.

Hoy estamos lejos de los tiempos en que Clark afirmaba que “el Hemisferio Occidental, y particularmente Norteamérica, estaba predestinado por Dios para ser una nación protestante”. Hoy nadie vinculará, en un texto legal, Estados Unidos y Protestantismo; pero se regirá en la práctica de la vida por una serie de criterios, intereses y vinculaciones que le hacen cumplir aquella ley no formulada.

Repitémoslo: la Iglesia Católica es una minoría en número; pero, sobre todo, una minoría en influencia. Todos sabemos que ninguno de los Presidentes de los EE. UU. ha sido católico; pero quizá no se nos oculte que sólo lo han sido 5 entre los 92 magistrados de la Suprema Corte Federal, y de los 430 nombres citados como integrantes de los Gabinetes Presidenciales, (algo equivalente a nuestros Ministerios), el



Almanaque Católico, sólo reconoce a 9 como pertenecientes a la Iglesia Católica Romana.

Y nada digamos del mundo de las finanzas, siempre misterioso, y del de la propaganda. En éste —aunque la aportación católica es valiosa y creciente— no hay un solo diario católico en inglés, frente a los 33 millones de ejemplares con que los periódicos de cada día empapelan las mentes americanas... y las aceras de las calles. Pero no se crea que el Catolicismo va a morir bajo esa montaña de papel: la actitud general de la prensa es correcta, tolerante, constitucional.

No se crea tampoco, sin embargo, que una paz octaviana se extiende sobre el íntegro mapa de los Estados de la Unión: hay pequeños puntos de ofensiva, yo diría que ahora son insignificantes.

Por ejemplo, "The Protestant" y "The Churmand". Más que objeciones dogmáticas, sus temas favoritos son mezclar el Romanismo, como ellos dicen, con todos los tabús internacionales: por eso acusan a la Iglesia Católica de haber estado y estar aliada con todos los fascismos, para combatir contra las democracias; de donde se deduce la condenación sistemática de la Argentina, España y Portugal, y la alabanza de Rusia y sus satélites. Por ello, cuando el Cardenal Spellman escribió sus famosas declaraciones contra el comunismo, el "Protestante", las atacó violentamente, usando los mismos argumentos contra el catolicismo.

Y es de notar que quizá la máxima violencia de esta línea esté representada por "The Converted Catholic Magazine" que, aunque parezca otra cosa, es una revista publicada por ex-sacerdotes católicos convertidos al Protestantismo. En ella, como escribiendo al dictado, se repiten los consabidos tópicos de la alianza del Papa con el Fascismo, y del Vaticano con las Gestapo, las persecuciones de protestantes en Argentina y España y la alabanza de Tito contra Stepinac. Pero, además, se añaden una serie de ataques contra el celibato, el purgatorio, el "fetiché" del Crucifijo y la idolatría de la Virgen; y se nos obsequia con noticias tan interesantes como la de que los Magos no eran gentiles, que San Patricio no fué católico, que el Beato Campión fué un espía español y de que en España el pueblo está tan preparado para el protestantismo, que sólo un ministro Baptista convirtió a 56 personas en octubre de 1946...



Estos gritos apenas representan nada en el conjunto universal de mutua comprensión, en el que las relaciones anti-religiosas de católicos, protestantes y judíos representan el esfuerzo de mantener un mínimo programa religioso frente a los que no tienen ninguno. Pero no olvidemos que la religión de la mayoría sigue siendo el Protestantismo, con un corrimiento hacia el materialismo. Frente a él, los católicos están en minoría, sobre todo, de influencia y de dinero; en el imperio del dólar ser pobre es una terrible desventaja, y en la época de un nacionalismo creciente, siempre es peligroso el que algún intolerante acusé al Catolicismo de no ser americano.

### 11.—La conversión de Clara Luce.

Fué en uno de los salones del Hotel Shoreham, de Washington, donde conocí a Clara Luce. Se disponía a tomar parte en una disputa pública, patrocinada por la red de difusoras Columbia. El tema, en aquellos momentos, apasionante, era la americanidad del comunismo: por eso, frente a Mrs. Luce, se sentó Foster, secretario del partido comunista americano. Clara Luce, diputada por Connecticut en el Congreso Federal, se acababa de convertir al catolicismo, y esto, unido a su postura valiente anticomunista, y a sus argumentos rápidos e intuitivos, terminó por conquistar mi cordial admiración.

¿Cómo se convirtió Mrs. Luce? "Una conversión —escribe ella en la revista McCall— es siempre un descubrimiento de la inagotable bondad de Dios". En el mar religioso de América, cruzado de corrientes contradictorias, cerrado por nieblas interrogantes, la nave de Mrs. Luce descubrió a Dios en la tierra prometida de la Iglesia Católica; pero su conversión puede ser carta de marear y singladura para otros muchos.

Clara Luce nació de un matrimonio de religión mixta. Su padre, concertista de violín, hijo de un ministro baptista, abandonó su fe cuando se divorció de su primera mujer, para casarse con la madre de Clara. Esta madre, a su vez, habiendo sido bautizada y educada en la religión católica, la abandonó para casarse con el violinista. Resultado de esta unión fué —según declara Mrs. Luce— que su madre jamás practicó la religión católica, y que ninguno de sus padres habló



delante de la hija acerca de problemas religiosos. Cuando Clara tenía diez años, sus padres se divorciaron, y cuatro años más tarde se volvió a casar con otro divorciado...

Este es el paisaje moral en el que se perfila la vida de Clara hasta los 19 años. en que se casa, en un templo episcopaliano, con el presbiteriano George Tuttle, que acudía fielmente a su Iglesia los domingos, menos cuando llovía en invierno, hacía sol en verano y estaba de viaje o resfriado. Al cabo de 6 años, Clara y Jorge se divorciaron, sin que nadie en la familia levantase por ello escrúpulos religiosos. Jorge se volvió a casar y murió. Entonces Clara, en una iglesia congregacionalista, se casó en segundas nupcias, con Enrique Robinson Luce, su actual marido, hijo de un gran misionero protestante y propietario de Life y otras revistas. Pero Clara nos advierte que, aunque su marido era fiel cumplidor de sus deberes religiosos, ella jamás se creyó obligada a entrar en ningún templo, hasta que se convirtió al catolicismo.

La convertida, después de describirnos sus estados de ánimo en un clima complejo de sed y opresión, de evasión y busca, añade: "Me parece que la suprema razón de mi conversión, que incluye a todas las demás... es que, después de un cuidadoso examen, encuentro que la doctrina católica es la sólida y objetiva verdad. Y quiero decir eso... y no uno de los mejores aspectos de la verdad".

"El pórtico es un aspecto de la casa, a veces el más atractivo; pero quien quiera vivir en la casa, y amarla y morir en ella, tiene que poseer todos los otros aspectos, el tejado, el sótano, los cuatro sólidos muros y, sobre todo, la llave de la puerta... Si Dios ha construido su casa en la tierra..., no puedo contentarme con vivir en el pórtico o acampar en la pérgola del jardín".

Poco hay que añadir a estas palabras. La conversión de Clara Luce proyecta su luz sobre el panorama religioso de los Estados Unidos. Una gran parte de los cristianos dejan de serlo cuando sus problemas pasionales y sus conflictos familiares interfieren con la línea de sus creencias. Esta misma línea no suele presentar un plano completo, sino tan sólo un "aspecto de la Casa de Dios", quizá el más poético y artístico, como la fachada puede ser artística; tal vez el más cómodo, como puede ser cómodo el gozar de la primavera bajo la pérgola del jardín...; pero se olvida que vivir es algo más que mirar a la fachada o sestar bajo un pino...



Con esto no quiere decir que los 87,000 convertidos del año pasado, reproduzcan el cliché de Clara Luce: creo que son pocos, aunque los Padres Paulistas podrían contar más de una interesante historia...

Por hoy, nos despedimos de Clara Luce con un temor y una esperanza. El temor es de que la superficialidad reinante, que se alimenta del anuncio y la pantalla, también se contente con mirar a la fachada, que tiene algo de pantalla y anuncio. Y que, por otra parte, el materialismo, que busca la postura de descanso y butaca, encuentre a la pérgola demasiado comfortable...

La esperanza es que, la experiencia de la sed no apagada en otras fuentes, y la comprobación del carácter fragmentario de los diversos "aspectos" conduzca a muchas almas a la fuente de la única verdad, que es la casa asentada sobre la roca de San Pedro.

## 12.—Conclusiones.

Los lectores me pedirán algunas conclusiones. Parecería que con ellas se pone un punto final y yo más bien preferiría dejar esta serie abierta a toda posible rectificación y a todo necesario complemento. Con esta advertencia doy las conclusiones que siguen:

**Primera.** — El estudio del Catolicismo y, alargando el radio, del fenómeno religioso en los Estados Unidos, requiere larga observación, porque el campo experimental es desmesurado: arca de refugio para los fugitivos de los nuevos diluvios.

Pero, además, requiere reflexión serena; porque en este país, más que en otro alguno, existe la tentación del papel y el culto de la propaganda, que origina un conocimiento de dos dimensiones, sin hondura crítica.

**Segunda.** — La nota más característica del fenómeno religioso es la multiplicidad —y contradicción— de sus manifestaciones, que van desde la ortodoxia católica hasta el ateísmo militante. El ambiente general es de libertad y respeto en ambas líneas, legal y vital.

**Tercera.** — El resultado de esta pluralidad es un sincrismo religioso, no total, sino parcial: es decir, que en gran parte de las iglesias y de sus miembros se producen fenó-



menos de cristianismo difusos, de escaso contenido dogmático, de más valor emocional que ético, fuertemente influenciado por una filosofía política de democracia liberal, y por una corriente materialista de hedonismo.

**Cuarta.** — En este ambiente, los católicos aparecen como una minoría de número y, sobre todo, de influencia política, económica y cultural, respetada por los acatólicos, aunque no falte algún ataque esporádico extremista.

**Quinta.** — Internamente la Iglesia Católica es la única y universal Iglesia Romana de Cristo. Me parece falso el dicho de cierto profesor italiano: "ahonda en un catolicismo norteamericano, y encontrarás un protestante". Yo creo haber ahondado... y no he hallado al protestante. Pero, sí, he valorado, como jamás lo había hecho, la enorme influencia del ambiente, que en este caso es protestante, en la formación de los criterios morales y ascéticos, y particularmente en la esfera familiar.

**Sexta.** — La actitud "intransigente y medieval" del español tiene el peligro de trasladar la intolerancia del error a la intolerancia del que yerra... Pero el ambiente concesionista y de compromiso, saturado de liberalismo en que vive el católico norteamericano, lo pone en peligro de pasar de la tolerancia del que yerra a la tolerancia y admisión de algunas de sus ideas erróneas, sobre todo de las más afines a las suyas, y contra las cuales carece de cierta intuición defensiva —"instinto católico", diríamos en lenguaje popular— que suele poseer el que se ha formado en una cultura católica.

**Séptima.** — El dicho de Jesucristo de que "los pobres se salvan más fácilmente que los ricos", tiene una proyección nacional. Estados Unidos es un pueblo rico, donde los albañiles tienen coche y las mecanógrafas abrigos de pieles; sin que falte en los modestos hogares el refrigerador ni la radio. Yo no digo que todo esto llegue a producir más "bienestar" personal; pero en cualquiera hipótesis, la vida cómoda determina la tendencia a buscar más comodidades y a huir, lícita o ilícitamente, del dolor.

Creo serenamente que todo esto tiene peligro de influir en las concepciones morales y ascéticas, de manera que inconscientemente se quiera encontrar una "Amedican way" para ir al Cielo, que sea más rápida y barata y, sobre todo, más cómoda.

**Octava.** — El círculo familiar católico se ve atacado duramente, no en la pureza incontaminada del precepto y de la teoría —el Decálogo es de todos los meridianos— sino en la vida práctica, por el materialismo que se desliza por el plano suicida de la limitación de la natalidad y de la facilidad creciente para el divorcio.

**Noveno.** — La vitalidad de la Iglesia Católica es admirable. Las misas dominicales, y aun diarias, llenan sus templos; y la caridad —generosa, inagotable— llena sus colectas, que no olvidan las miserias de Europa, ni el cultivo intensivo del campo misional.

Esta vitalidad está encuadrada en una organización de técnica perfecta que le permite operar en un dilatado campo, cuyas preferencias más interesantes son la educación, las obras sociales y la defensa de ciertas minorías.

Sus ministros, bien preparados para la misión parroquial, gozan de la estima universal, sin que se dé el ataque anticlerical.

**Décima.** — El futuro de la Iglesia Católica en los Estados Unidos hay que contemplarlo con mirada de esperanza y corazón optimista. El motivo más fundado lo constituye la obra educadora que realiza en sus juventudes: tres millones y medio de alumnos católicos son el mejor cimiento para una cristiandad.

No creemos, por el contrario, que el crecimiento externo —por conversión o adhesión de grupos acatólicos— haya de ofrecer prontas y espectaculares progresiones. Sin embargo, el proceso de desintegración de algunos sectores protestantes y la materialización creciente de la vida, pueden llegar a producir un vacío religioso... Para ese momento la Iglesia Católica tiene preparada en los Estados Unidos el agua pura de la Fe y la Gracia de Jesucristo. Creemos que a ese momento torrencial, quizá lejano, pero cierto, es a donde va el catolicismo norteamericano.



## DEL OCIO Y LA ETERNIDAD

### ● DAMASO ALONSO REVELA A FRANCISCO DE MEDRANO.

Un día de fines de enero. Precisemos. Es domingo 25 y ya sólo falta una fugaz media hora para que carillones y campanas pregonen el Angelus vespertino. Caé una leve y empecinada llovizna que refresca el alma y la tierra — que algún día recibirá al cuerpo y lo apretujará en su seno hasta identificarlo con ella.

Vamos caminando por el Paseo del Prado. Las escuálidas ramas de los árboles se retuercen —en recia oración— clamando por la verde y rosada primavera. Nada turba la tranquilidad de esta tarde dominguera. Bordeamos un círculo caprichoso. Surge ante nosotros una plaza rectangular. En el centro el bronce perpetúa la memoria del músico de la pintura, Francisco de Goya y Lucientes. Al frente un edificio hermoso y señorial. Abriga sus muros interiores con las telas de los Escogidos. Es el Museo del Prado ya tan familiar en nuestra vida madrileña. A la izquierda, en una mesurada loma, un templo austero. Sobre el zócalo de ladrillo rojo cuatro columnas esbeltas y magníficas reciben el frontón. En su arquitrave leemos: Real Academia Española. Hacia allá nos dirigimos.

La llama de la vida se agita a su alrededor. La paz ambiente se ha sustituido ahí por nervioso movimiento. Pronto nos incorporamos al enjambre que busca la entrada de la colmena. Algunos pasos todavía. Un elegante y sobrio hall y una escala imperial que nos seduce con la blancura de sus losas de mármol. Un poco más y ya hemos traspuesto el umbral del salón de honor. La sencilla riqueza nos sobrecoge desde el primer momento. Los muros color durazno parecen impregnados de palabra hecha poesía, de voz hecha poema. De poesía y poema fundidos en recuerdo. Las decoraciones pompeyanas del cielo pasan en veloz carrera por nuestras retinas. Los rayos visuales se clavan en el estrado del fondo. Una mesa y varios sillones tapizados de felpa granate. Granates son también los paños que forman el dosel. En su centro dos cuadros magníficos. Mesurado y sobrio don Miguel de Cervantes y haciendo gala de rizada peluca, sedas y encajes el primero de los Borbones, Felipe V, fundador de la Real Academia. Un abigarrado público llena tribunas y balcones. Hoy día la casa está de fiesta: se incorpora Damaso Alonso.



Poco a poco el silencio impone su poder. Por una puerta lateral acceden lentamente los primeros cultores de la lengua hispana. En la pechera de sus impecables fracs brilla la insignia académica con destellos de oro. Hay caras y plumas que conocemos. En la mesa de honor ocupa el centro el representante del Gobierno, Ministro de Educación Nacional. A su derecha, el Presidente de la Academia, don Ramón Menéndez Pidal en plena juventud a los 78 años. A la izquierda el Obispo de Madrid—, Alcálá y Patriarca de Indias, doctor Elijo y Garay.

Pronto aparece Dámaso Alonso. Lo acompaña el Marqués de Luca de Tena y Martínez Kleiser. Toma colocación en la mesa que le tienen destinada. (Sonríe don Ramón viendo apostarse para la lucha a un caballero de su fuste). Frente a él, en simétrica posición, Emilio García Gómez, el arabista; a su turno pronunciará el discurso de recepción.

En Alonso la voz toma forma de ágil espada. Con elegante ademán la hiende en el silencio. Primero es el recuerdo emocionado de su antecesor don Miguel Asín Palacios, el investigador del pensamiento religioso desde Grecia hasta el mundo moderno, que alcanza límites inesperados cuando analiza en paralelo la teología cristiana y musulmana. Dice: "es pasmoso el mundo de erudición que Asín tiene que disponer al alcance de la mano en cada momento: lo cristino y lo judaico, lo platónico, aristotélico y neoplatónico, lo zeroástrico, lo nestoriano y lo budista, etc. Pero a mí más me asombra cómo Asín, que en todo tuvo señorío, era señor de esa inmensa riqueza: aquella intuición nerviosamente ágil y a la par serena con la que los datos se ordenan en clara galería. ¡Qué placer un libro de Asín!"

Hay un momento de silencio, la espada no corta los aires. Pronto un vigoroso estoque: "Vida de don Francisco de Medrano". Mientras avanza la lectura, la figura de Medrano adquiere admirable realidad. A Gerardo Diego le parece aquello un acto de prestidigitación, aquel joven poeta sevillano ahí presente no puede haber salido sino de la manga de Alonso. Concordamos con él. Le vemos nacer cuando el siglo XVI ya está octogenario, le acompañamos en su finca y mientras el viento hace danzar la corola de mil flores le oímos:

Este rincón, de todos los del suelo  
me place más, do brota la primera  
y la rosa postrera  
do siempre es uno el cielo  
do siempre es primavera.



A los 14 años marchamos con Francisco al Noviciado de los jesuitas de Montilla, a los 23 al convento de Salamanca, después ya ordenado a Villagarcía de los Campos, cerca de Valladolid. Cuando cuenta 27 años, algo enfermo, ya es profesor en un colegio de Galicia y 3 años después, en Salamanca. Aquí la vida de Medrano dobla caprichosamente. Junto a su nombre en el catálogo trienal de 1602 hay una palabra revolucionaria, "egressus". Ha abandonado el convento con su amigo poeta y compañero, Alonso de Santillán. Participamos de su mundo nuevamente en Sevilla, doña Inés, Amarilis. Mientras, exalta las delicias y la amistad del agua.

Suene la lira, Anfiso y tú, Perea  
Dame agua, coge el búcaro, bebamos,  
Por los pechos se vierta:  
Todo es salud. ¡Ah, así vivir podamos!

Luego con singular sibaritismo acerca a sus labios un sorbo de agua fresca, entorna los ojos y... muere.

Desaparece Medrano y vuelve Alonso, el investigador minucioso, el artista de sensibilidad exquisita, que nos enseñó toda la personalidad del poeta. Como crítico, al examinar odas y sonetos, ha de compararlo ahora con Horacio, con su amigo Santillán, con Jorge Guillén y Francisco de Calatayud. Tampoco estará ausente el filólogo escarmenando etimologías y genealogías.

Desde aquella tarde Medrano ha pasado de las tinieblas a la luz, del letargo a la vida. Las publicaciones de Alonso sobre Góngora (que gracias a él brilla hoy con todo el esplendor de su barroquismo) y otras sobre San Juan de la Cruz y Gil Vicente se ven ricamente incrementadas con la "Vida de don Francisco de Medrano".

Manuel Gutiérrez Lea-Plaza  
Madrid - Vía Aérea.

# LA AGUJA DEL TIEMPO

## ● FIN DE UN COLEGIO PROTESTANTE Y DE UNA OBRA DEMOLEDORA.

Hace setenta y tantos años, en plenos tiempos de "liberalismo", cuando nuestra inexperta república teorizaba con las ideas de la revolución francesa, que por cierto no había podido experimentar, las sectas protestantes empezaban a intensificar su propaganda en Chile.

Ante el natural rechazo de nuestro pueblo, todavía sano y nutrido con la savia cristiana que la Iglesia católica le había dado para su elevación espiritual (rechazo que se manifestaba en franca desconfianza ante las sectas disidentes y sus corifeos), la iglesia llamada "presbiteriana" trató de introducirse en las capas intelectuales y dirigentes de la nación, mediante la fundación de un colegio para jóvenes adinerados.

Se daba como aliciente, una buena instrucción de humanidades y preparatoria comercial, con mucho cultivo de las matemáticas, el idioma inglés, y eso que se ha dado en llamar "educación anglo-sajona", que trasplantada a tierras latinas, generalmente es planta que degenera o se agosta.

Más adelante, cuando ya la institución había ganado cierto prestigio por su labor educativa, y cuando muchos niños de familias católicas negligentes se habían formado al lado de otros de origen protestante o judío, los planes de propaganda anti-católica aparecieron francamente, dentro del espíritu de "tolerancia" de que tanto alarde hace el protestantismo. Se fomentaba la división espiritual de una nación que no tenía problemas agudos ni conocía las persecuciones religiosas. Se preparaba el terreno para la prosperidad de la masonería, el indiferentismo religioso, la relajación moral que viene como consecuencia del abandono de la tradición espiritual de una raza, arraigada a través de tres siglos de abnegado cultivo.

El primitivo "Instituto Internacional" se transformaba en "Instituto Inglés", dejaba de ser pequeño colegio extranjero para convertirse en suntuosa institución nacional. Instalado en nuevos y magníficos edificios, el año 1929, alcanzaba, en privilegiada posición, una protección preferente del Estado, mediante una ley que le autorizaba a emplear métodos extraños a nuestros sistemas oficiales, y a tomar exámenes válidos sin comisiones del Gobierno. Era mirado como estable-



cimiento de superior categoría. Su profesorado era seleccionado, y su alumnado era también de las mejores clases sociales. La iglesia presbiteriana podía estar perfectamente satisfecha.

¿No estaba desplazando a la Iglesia católica en la formación de una juventud de ELITE? Sin embargo, repentinamente, ha ocurrido algo insólito, algo inesperado: la obra educacional de tanto prestigio, la formadora de caracteres juveniles tan alabada, el plantel dotado de instalaciones costosísimas, se desmorona interiormente, se agrieta, cruje, y se derrumba con un estrépito mucho mayor del que se hubiera podido esperar en dirigentes que tan cautelosamente habían ido ganándose las conciencias de padres y alumnos chilenos.

El Instituto Inglés se clausura después de 73 años de vida. No es poco decir, en patria de tantas cosas efímeras y sin mayor solidez tradicional... Se clausura porque la obra disolvente de su propaganda anti-católica conmovió los cimientos mismos de la obra. No se hacía ruido espectacular en esa propaganda, pero la acidez de los reactivos era tal, que corroyó hasta el mismo recipiente que los dosificaba. Era muy sencillo disponer de mentes infantiles, predicarles la doctrina protestante, hacer desaparecer de los espíritus que habían recibido en sus hogares las primeras concepciones del catolicismo, todo lo que pudiera mantenerlos fieles a su religión bautismal y a la fe de sus mayores. Cuestión de habilidad, de dejar caer las cosas con cierta apariencia de verdad y de sinceridad.

Pero ¿qué ha ocurrido? La labor lenta y tendenciosa ha fracasado. Tal vez no se hacen buenos protestantes con católicos malos... No se quita al alma infantil las primeras nociones de la vida espiritual, basadas en las intuiciones y clarividencias de una religión bebida en el seno de la madre, para reemplazarlas por las frías y secas especulaciones. No se sustituye la forma viva y bella del culto católico, por la rígida y extranjera exterioridad del protestantismo. El resultado es más que negativo, contraproducente: se provoca el indiferentismo, el ateísmo, la irreligiosidad. La moral basada en un sistema vivo en el ambiente, desaparece en una atmósfera artificialmente religiosa. Las ideas anti-sociales y anti-nacionales encuentran, sí, un terreno propicio. Cuanto no una amoralidad cuyas consecuencias todos conocen.

La misión presbiteriana en Chile ha comprendido su fracaso. Por eso ha resuelto clausurar el Instituto que tantos desvelos y tantos millones le había costado. ¿Tendrá la sinceridad de confesarlo, como abjuró públicamente de los daños causados, uno de sus primeros y pertinaces propagandistas en



Chile? Nos referimos al pastor presbiteriano valenciano, don Juan Bautista Canut, que el año 1884, en documento público y ante testigos, pedía al Arzobispo de Santiago "la abjuración de todos sus errores y la absolución de la Iglesia por las censuras que ha incurrido". (Parroquia de San José de Curicó), Libro 3º de Documentos).

No esperamos ver, en estos que se llaman "misioneros", procedentes de la iglesia presbiteriana norteamericana, una sinceridad semejante a la de aquel pastor español, que, respetuoso de la vida católica de una nación como Chile, supo comprender a tiempo el mal causado y volver al seno de la religión que su patria diera a la nuestra.

### ● LA TIRANIA ANTI-RELIGIOSA EN YUGOESLAVIA.

Las declaraciones de siete ministros protestantes que visitaron Yugoslavia por invitación del régimen rojo de Tito, y las palabras del Embajador del país balcánico en Estados Unidos de América, señor Sava N. Kosanovic han sido refutadas por "Il Quotidiano", diario de la Acción Católica Italiana, que aclara cual es la libertad religiosa que se disfruta en Yugoslavia, y explica la actitud de la Santa Sede, que no acostumbra doblegarse ante los dictadores.

El Excmo. Mons. Luis Stepinac, Arzobispo de Zagreb, fué mantenido en su puesto porque permaneció junto a su pueblo durante la guerra, condenó toda injusticia, sin tener en cuenta quién la cometía, y protegió a cuantos eran perseguidos, sin preocuparse de cuál fuera su religión o su tendencia política, dice "Il Quotidiano".

En cuanto a la libertad de cultos que se afirma hay en Yugoslavia, el diario católico señala que hay libertad para orar, porque ningún poder es capaz de conculcarla, pero no de religión, pues no se permite al pueblo vivir según su Fe, y los que así lo hacen son privados de sus derechos. Se prohíbe que frecuenten los templos a los empleados públicos y a los estudiantes de centros de enseñanza oficiales, donde se da una educación materialista.

Se tolera que los ancianos beban "el veneno de la religión", pero se hacen esfuerzos por lograr la apostasía de la juventud, y si hay templos abiertos en Belgrado, Zagreb y Ljubljana, no sucede lo mismo en los distritos rurales, acusa "Il Quotidiano".

El R. P. Esteban Lackovic, S. T. D., quien por espacio de cinco años fué Secretario Particular del Excmo. Mons. Luis Stepinac, Arzobispo de Zagreb, condenado por el régimen de



Tito a 16 años de prisión y trabajos forzados, ha respondido también a las declaraciones de los siete ministros protestantes que visitaron Yugoslavia por invitación especial del gobierno comunista. El Padre Lackovic, quien vino a Estados Unidos en 1946, y sirve como Coadjutor en la parroquia de San Pedro y San Pablo en Youngstown, Nueva York, está familiarizado con los problemas yugoeslavos y fué testigo presencial de lo que ocurrió allí durante los años 1941 a 1945, por eso señala precisamente que las declaraciones de los clérigos protestantes de que en Yugoslavia hay "completa libertad de culto y respeto a las instituciones y creencias religiosas" no son sino una repetición de los argumentos acostumbrados de la máquina de propaganda del régimen de Tito, que vienen a ser un eco de las palabras empleadas por los nazis en igualdad de circunstancias.

Los ministros protestantes dicen que visitaron tres orfanatos, donde "no se impartía instrucción religiosa, pero se la daría si se la solicitase". El Padre Lackovic, aclara por qué no se la ha solicitado, al recordar que el año pasado fueron expulsados de las escuelas los jóvenes que pidieron que se enseñase religión en la Segunda Enseñanza que ellos cursaban.

Y en cuanto a que el Arzobispo de Zagreb sea bien tratado en su prisión, comenta el sacerdote, debía servir para que comprendiera qué libertad religiosa hay en un país donde se encarcela un Obispo por defender el derecho de la Iglesia a impartir clases de religión a los hijos de sus fieles.

Pero ellos le hallaron culpable, continúa el Padre Lackovic, como hallaron culpable a un Obispo católico que fué muerto por los guerrilleros de Tito, a otro que murió a causa de los malos tratos de sus carceleros, a los líderes protestantes, ortodoxos y musulmanes que fueron condenados a muerte por los rojos tan pronto se adueñaron del poder, y a los 270 sacerdotes católicos muertos por las mismas manos que encarcelan todavía a 200 miembros del clero en Croacia.

También señala el sacerdote que los ministros protestantes no visitaron ni al representante de la Santa Sede en Yugoslavia, Excmo. Mons. José P. Hurley, ni al jefe de la Iglesia Ortodoxa, pero que sí entrevistaron a Monseñor Svetozar Rittig, quien les aseguró la libertad religiosa en la nación regida por Tito. Sería interesante que hubiesen averiguado cuántos sacerdotes comparten la opinión de Monseñor Rittig, así como qué es lo que piensan los católicos de este Prelado, comenta el Padre Lackovic.

Es curioso —concluye el sacerdote— que se haya invitado a investigar precisamente a ministros de una religión que



cuenta con tan pocos seguidores en Yugoslavia, donde católicos, ortodoxos y musulmanes constituyen los principales grupos confesionales. "Tan sólo ministros de estas denominaciones están capacitados para juzgar sobre la situación religiosa en Yugoslavia" y no "un grupo de ministros protestantes algunos de los cuales, por añadidura, son conocidos por su actitud pro-comunista y anti-católica".

"Por eso estoy convencido de que esta maniobra preparada por la máquina de propaganda yugoeslava no producirá el efecto por ellos esperado sobre el pueblo norteamericano", termina diciendo el Padre Lackovic.

Aún entre los mismos protestantes el informe ha sido repudiado.

"Uno se siente avergonzado como protestante de saber que clérigos protestantes norteamericanos que visitan Yugoslavia declaren que al Arzobispo Stepinac y los demás sacerdotes católicos que guardan prisión cometieron crímenes contra el pueblo y por eso fueron condenados; como si ellos no supiesen de qué se trata", comenta el diario "Die Tat".

Por su parte la señora Natalia Wales Paine ha pedido que se le dé de baja como patrocinadora de la revista protestante "The Churchman", en una carta que dirige al editor de la publicación, doctor Guy Emery, quien con siete ministros protestantes visitó Yugoslavia por invitación del gobierno de Tito, y declara que en aquel país hay libertad religiosa.

"Como ministro cristiano usted debió haber usado su influencia en Yugoslavia para suavizar prácticas que nos llevan a una tercera guerra mundial, en vez de contribuir a la defensa de una política que viola los principios que usted ha asegurado profesar", dice la señora Paine en su carta.

La señora Paine preside la Common Cause, Inc., compuesta de un grupo de personas prominentes que se dedican a combatir al totalitarismo en todas sus formas.

*L. Y. F.*



## CRISTAL DE LIBRERIA

**"VIEJAS IMAGENES", por Jaime Eyzaguirre. — Editorial Difusión Chilena. Santiago, 1948.**

Muchos estudios hay publicados acerca de cómo debe escribirse la historia para que sea con todas las perfecciones de una ciencia, sin menoscabo de sus virtudes de arte literaria. Todos ellos se hacen inútiles cuando se encuentra un historiador auténtico, desprejuiciado y lleno de amor por la tradición de la patria. Este es el caso de Jaime Eyzaguirre, dotado de todos los requisitos necesarios para que sus libros hagan vivir la historia, por los testimonios que extrae y por el buen estilo con que narra.

Sus trabajos mayores sobre O'Higgins, Valdivia, ensayos diversos de interpretación histórica y de síntesis permiten aceptar este nuevo libro en su justa y aparentemente modesta especie de crónica informativa. Cuando un autor ha dicho lo que entiende y ve en la tradición de su país, con caracteres muy distintos a los afirmados por la enseñanza oficial, tiene el deber de ilustrar sus concepciones. Por esto estimamos atinada la publicación de *Viejas imágenes*, que puede iniciar una serie de relatos contenidos bajo el mismo título, compuestos con el abundante material que el autor ha recogido de sus investigaciones, para hacer más sensible y evidente lo que Jaime Eyzaguirre ha expresado en *Hispanoamérica del dolor* y en *Fisonomía histórica de Chile*.

Enseñar la historia bajo nuevas y más amplias luces, con una visión continua de la unidad de los pueblos iberoamericanos, poseídos de común tradición, destacando siempre lo que de nuestra perdida alma nacional se forjó en la Colonia, todo eso es labor lenta y difícil, que no sólo requiere la cátedra y el estudio monumental sino la sencilla divulgación de episodios, anécdotas y caracteres de las viejas generaciones de esta tierra. Un juicio definitivo sobre el presente volumen es prematuro. Representa una nueva forma de trabajo en la producción de Jaime Eyzaguirre, abierta e iniciada, y naturalmente inconclusa.

Es nota distintiva de *Viejas imágenes*, el rigor histórico a base de documentación no tocada para estas labores. No son relatos literarios redondeados y reforzados por el talento del autor, sino compuestos por información variada, interesante, ajena a toda desfiguración política. Tenemos aquí cuatro asuntos: las escenas que preceden a la muerte de don Diego Almagro, de dramático diálogo, episodios desconocidos de la Quintrala, un relato sobre la vida de Ignacio Andía Varela, la más hermosa exposición del libro, y la reseña de los hechos e inquietudes del padre de Portales, que peca en su comienzo por abundancia de datos genealógicos.

Jaime Eyzaguirre tiene predilección por destacar aquellas vetas que revelan entraña humana más que simple anécdota. Todo el polvo del tiempo huye de su pluma. Por eso el capítulo sobre Andía Varela es

el más conmovedor de los cuatro. Fué un noble patricio dotado de sensibilidad artística, que esculpió en madera el escudo del Estado, y copió de su puño y letra el ejemplar de *La venida del Mesías en Gloria y Majestad* de su pariente Lacunza, que se conserva en el Archivo Nacional de Santiago. Situado entre dos épocas, la colonial y la republicana, alcanzó a pasar por todos los estados de la vida, poseído de virtudes y generosidades, hasta llegar a cantar misa, sirviéndole de acólitos sus propios nietos.

Conviene preguntarse qué alcance tienen las figuras más destacadas en *Viejas imágenes*, las que toman mayor porción del libro, la amable de Ignacio Andía Varela y la recia y un tanto "reaccionaria" de don José Santiago Portales, padre del ilustre prócer; el uno presente el nuevo curso de la historia, y se mantiene por naturaleza ajeno a la avalancha política, sólo cumple con sus deberes burocráticos y artísticos, sin que los sucesos modifiquen su existencia, es su vocación natural y su destino personal y definitivo el que lo llevará a actuar en un sentido u otro; servirá a la Monarquía y al nuevo Estado, más allá de una posición "política". En cambio, el otro es arrastrado por los hechos a pesar suyo, ya que en el fondo no acepta el nuevo cambio y ve con dolor las actividades de sus hijos.

Un lector del siglo XIX los había juzgado malos patriotas; pero hoy día no podemos pensar de igual manera. Hay que tener presente las ideas de Jaime Eyzaguirre en sus estudios de conjunto para enjuiciar aquí con las debidas proporciones. Todos estos personajes van respondiendo a su manera a la necesaria rectificación de errores y afirmaciones superficiales o partidistas que abundan en los textos de uso sobre la historia patria. Todos estos personajes actúan y reaccionan con una naturalidad muy distante de las nociones manualescas sobre causas de la Independencia. Ellos son la realidad común y a la vez particular, entretejida a los hechos de la transición de nuestra historia, y qué fuera los vemos, por ejemplo, del resentimiento criollo por no ocupar puestos públicos, o de la ignorancia, en que se mantenía a las colonias por maldad de la metrópoli, etc., etc. Sería interesante correlacionar casos con ideas consabidas para llegar a un resultado muy distinto de comprensión histórica.

Dejamos a los especialistas y a los mayores una crítica enjundiosa de estas primeras crónicas de Jaime Eyzaguirre. Estimamos que existe una unidad de sentido a través de todo lo publicado por él, de tal modo que este libro aparece con razón de ser, y creemos necesaria la continuación de esta clase de "Viejas imágenes", cada vez más "intencionadas" en cuanto deban corresponder en su totalidad si es posible a las ideas del autor, y a la creciente necesidad de hacer presente una continuidad de alma, una presencia de destino en estas horas y en estos días de estupidez universal, a base de ideas extranjeras y singularmente mediocres.



Roberto Izquierdo Phillips

INGENIERO

---

CALLE NUEVA YORK 52 — FONO 81648

SANTIAGO DE CHILE

**A LA HORA DE ONCE**

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y  
AGRADABLE EN

**“ LA NOVIA ”**

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

Imp. "El Esfuerzo"  
Eyzaguirre Nº 1118

Precio: \$ 10.-





